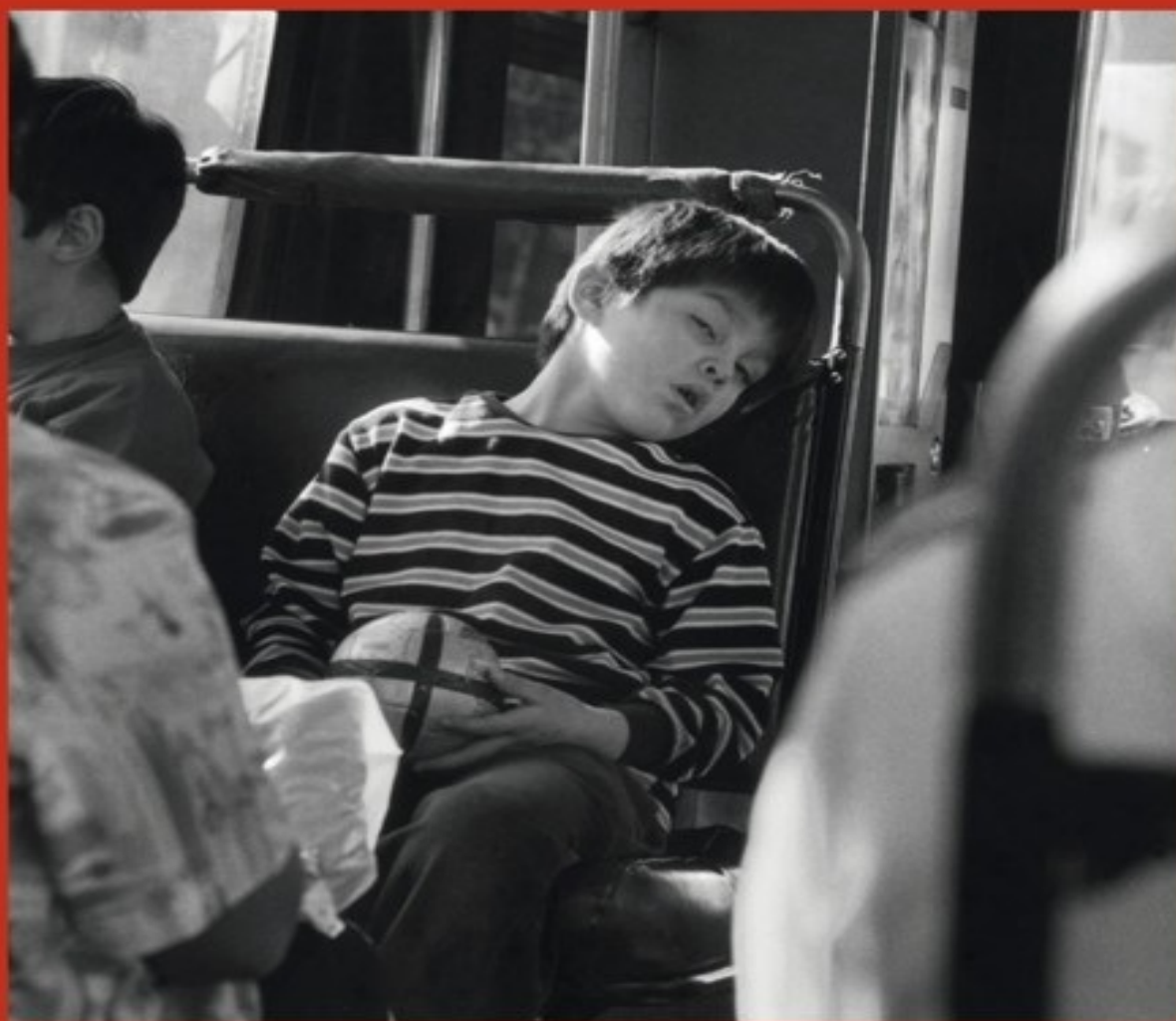


Alejandro Zambra

Formas de volver a casa



ANAGRAMA
Colección Compactos

Formas de volver a casa habla de la generación de quienes, como dice el narrador, aprendían a leer o a dibujar mientras sus padres se convertían en cómplices o víctimas de la dictadura de Augusto Pinochet. La esperada tercera novela de Alejandro Zambra muestra el Chile de mediados de los años ochenta a partir de la vida de un niño de nueve años.

El autor apunta a la necesidad de una literatura de los hijos, de una mirada que haga frente a las versiones oficiales. Pero no se trata solo de matar al padre, sino también de entender realmente lo que sucedía en esos años. Por eso la novela desnuda su propia construcción, a través de un diario en que el escritor registra sus dudas, sus propósitos y también cómo influye, en su trabajo, la inquietante presencia de una mujer.

Con precisión y melancolía, Zambra reflexiona sobre el pasado y el presente de Chile. *Formas de volver a casa* es la novela más personal de uno de los mejores narradores de las nuevas generaciones.



Alejandro Zambra

Formas de volver a casa

ePub r1.0

Titivillus 29.11.15

Título original: *Formas de volver a casa*
Alejandro Zambra, 2011
Diseño de cubierta: Julio Vivas y Estudio A
Fotografía de cubierta: Javier Godoy

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



Para Andrea

Ahora sé caminar; no podré aprender nunca más.

W. BENJAMIN

En lugar de gritar, escribo libros.

R. GARY

I. Personajes secundarios

Una vez me perdí. A los seis o siete años. Venía distraído y de repente ya no vi a mis padres. Me asusté, pero enseguida retomé el camino y llegué a casa antes que ellos —seguían buscándome, desesperados, pero esa tarde pensé que se habían perdido. Que yo sabía regresar a casa y ellos no.

Tomaste otro camino, decía mi madre, después, con los ojos todavía llorosos.

Son ustedes los que tomaron otro camino, pensaba yo, pero no lo decía.

Mi papá miraba tranquilamente desde el sillón. A veces creo que siempre estuvo echado ahí, pensando. Pero tal vez no pensaba en nada. Tal vez solo cerraba los ojos y recibía el presente con calma o resignación. Esa noche habló, sin embargo —esto es bueno, me dijo, superaste la adversidad. Mi madre lo miraba con recelo pero él seguía hilvanando un confuso discurso sobre la adversidad.

Me recosté en el sillón de enfrente y me hice el dormido. Los escuché pelear, al estilo de siempre. Ella decía cinco frases y él respondía con una sola palabra. A veces decía, cortante: no. A veces decía, al borde de un grito: mentira. Y a veces, incluso, como los policías: negativo.

Esa noche mi madre me cargó hasta la cama y me dijo, tal vez sabiendo que fingía dormir, que la escuchaba con atención, con curiosidad: tu papá tiene razón. Ahora sabemos que no te perderás. Que sabes andar solo por las calles. Pero deberías concentrarte más en el camino. Deberías caminar más rápido.

Le hice caso. Desde entonces caminé más rápido. De hecho, un par de años más tarde, la primera vez que hablé con Claudia, ella me preguntó por qué caminaba tan rápido. Llevaba días siguiéndome, espiándome. Nos habíamos conocido hacía poco, la noche del terremoto, el 3 de marzo de 1985, pero entonces no habíamos hablado.

Claudia tenía doce años y yo nueve, por lo que nuestra amistad era imposible. Pero fuimos amigos o algo así. Conversábamos mucho. A veces

pienso que escribo este libro solamente para recordar esas conversaciones.

La noche del terremoto tenía miedo pero también me gustaba, de alguna forma, lo que estaba sucediendo.

En el antejardín de una de las casas los adultos montaron dos carpas para que durmiéramos los niños. Al comienzo fue un lío, porque todos queríamos dormir en la de estilo iglú, que entonces era una novedad, pero se la dieron a las niñas. Nos encerramos a pelear en silencio, que era lo que hacíamos cuando estábamos solos: golpearnos alegre y furiosamente. Pero al pelirrojo le sangró la nariz cuando recién habíamos comenzado y tuvimos que buscar otro juego.

A alguien se le ocurrió hacer testamentos y en principio nos pareció una buena idea, pero al rato descubrimos que no tenía sentido, pues si venía un terremoto más fuerte el mundo se acabaría y no habría nadie a quien dejar nuestras cosas. Luego imaginamos que la Tierra era como un perro sacudiéndose y que las personas caían como pulgas al espacio y pensamos tanto en esa imagen que nos dio risa y también nos dio sueño.

Pero yo no quería dormir. Estaba, como nunca, cansado, pero era un cansancio nuevo que enardecía los ojos. Decidí que pasaría la noche en vela y traté de colarme en el iglú para seguir conversando con las niñas, pero la hija del carabinero me echó diciendo que quería violarlas. Entonces yo no sabía bien lo que era un violador y sin embargo prometí que no quería violarlas, que solo quería mirarlas, y ella rio burlonamente y respondió que eso era lo que siempre decían los violadores. Tuve que quedarme fuera, escuchándolas jugar a que las muñecas eran las únicas sobrevivientes —remecían a sus dueñas y rompían en llanto al comprobar que estaban muertas, aunque una de ellas pensaba que era mejor porque la raza humana siempre le había parecido apestosa. Al final se disputaban el poder y aunque la discusión parecía larga la resolvieron rápidamente, pues de todas las muñecas solo había una barbie original. Esa ganó.

Encontré una silla de playa entre los escombros y me acerqué con timidez a

la fogata de los adultos. Me parecía extraño ver a los vecinos, acaso por primera vez, reunidos. Pasaban el miedo con unos tragos de vino y miradas largas de complicidad. Alguien trajo una vieja mesa de madera y la puso al fuego, como si nada —si quieres echo también la guitarra, dijo mi padre, y todos rieron, incluso yo, que estaba un poco desconcertado, porque no era habitual que mi papá dijera bromas. En eso volvió Raúl, el vecino, con Magali y Claudia. Ellas son mi hermana y mi sobrina, dijo. Después del terremoto había ido a buscarlas y regresaba ahora, visiblemente aliviado.

Raúl era el único en la villa que vivía solo. A mí me costaba entender que alguien viviera solo. Pensaba que estar solo era una especie de castigo o de enfermedad.

La mañana en que llegó con un colchón amarrado al techo de su Fiat 500, le pregunté a mi mamá cuándo vendría el resto de la familia y ella me respondió, dulcemente, que no todo el mundo tenía familia. Entonces pensé que debíamos ayudarlo, pero al tiempo entendí, con sorpresa, que a mis padres no les interesaba ayudar a Raúl, que no creían que fuera necesario, que incluso sentían una cierta reticencia por ese hombre delgado y silencioso. Eramos vecinos, compartíamos un muro y una hilera de ligustrinas, pero nos separaba una distancia enorme.

En la villa se decía que Raúl era democratacristiano y eso me parecía interesante. Es difícil explicar ahora por qué a un niño de nueve años podía entonces parecerle interesante que alguien fuera democratacristiano. Tal vez creía que había alguna conexión entre el hecho de ser democratacristiano y la situación triste de vivir solo. Nunca había visto a mi papá hablar con Raúl, por eso me impresionó que esa noche compartieran unos cigarros. Pensé que hablaban sobre la soledad, que mi padre le daba al vecino consejos para superar la soledad, aunque debía saber más bien poco sobre la soledad.

Magali, en tanto, abrazaba a Claudia en un rincón alejado del grupo. Parecían incómodas. Por cortesía pero tal vez con algo de insidia una vecina le preguntó a Magali a qué se dedicaba y ella respondió de inmediato, como si esperara la pregunta, que era profesora de inglés.

Era ya muy tarde y me mandaron a acostar. Tuve que hacerme un espacio, a desgana, en la carpa. Temía quedarme dormido, pero me distraje escuchando esas voces perdidas en la noche. Entendí que Raúl había ido a dejar a las mujeres, porque empezaron a hablar de ellas. Alguien dijo que la niña era rara. A

mí no me había parecido rara. Me había parecido bella. Y la mujer, dijo mi madre, no tenía cara de profesora de inglés —tenía cara de dueña de casa nomás, agregó otro vecino, y alargaron el chiste por un rato.

Yo pensé en la cara de una profesora de inglés, en cómo debía ser la cara de una profesora de inglés. Pensé en mi madre, en mi padre. Pensé: de qué tienen cara mis padres. Pero nuestros padres nunca tienen cara realmente. Nunca aprendemos a mirarlos bien.

Creía que pasaríamos semanas e incluso meses a la intemperie, a la espera de algún lejano camión con alimentos y frazadas, y hasta me imaginaba hablando por televisión, agradeciendo la ayuda a todos los chilenos, como en los temporales —pensaba en esas lluvias terribles de otros años, cuando no podía salir y era casi obligatorio quedarse frente a la pantalla mirando a la gente que lo había perdido todo.

Pero no fue así. La calma volvió casi de inmediato. En ese rincón perdido al oeste de Santiago el terremoto había sido nada más que un enorme susto. Se derrumbaron unas cuantas panderetas, pero no hubo grandes daños ni heridos ni muertos. La tele mostraba el puerto de San Antonio destruido y algunas calles que yo había visto o creía haber visto en los escasos viajes al centro de Santiago. Confusamente intuía que ese era el dolor verdadero.

Si había algo que aprender, no lo aprendimos. Ahora pienso que es bueno perder la confianza en el suelo, que es necesario saber que de un momento a otro todo puede venirse abajo. Pero entonces volvimos, sin más, a la vida de siempre.

Papa comprobó, satisfecho, que los daños eran pocos: nada más que algunas grietas en las paredes y un ventanal trizado. Mi mamá solamente lamentó la pérdida de los vasos zodiacales. Se quebraron ocho, incluidos el de ella (piscis), el de mi papá (leo) y el que usaba la abuela cuando venía a vernos (escorpión) —no hay problema, tenemos otros vasos, no necesitamos más, dijo mi padre, y ella le respondió sin mirarlo, mirándome a mí: solo el tuyo se salvó. Enseguida fue a buscar el vaso del signo libra, me lo dio con un gesto solemne y pasó los días siguientes un poco deprimida, pensando en regalar los demás vasos a gente géminis, a gente virgo, a gente acuario.

La buena noticia era que no volveríamos pronto al colegio. El antiguo edificio había sufrido daños importantes y quienes lo habían visto decían que era un montón de ruinas. Me costaba imaginar el colegio destruido, aunque no era

tristeza lo que sentía. Sentía simplemente curiosidad. Recordaba, en especial, el sitio baldío al final del terreno donde jugábamos en las horas libres y el muro que rayaban los alumnos de la media. Pensaba en todos esos mensajes volando en pedazos, esparcidos en la ceniza del suelo —recados burlescos, frases a favor o en contra de Colo-Colo o a favor o en contra de Pinochet. Me divertía mucho una frase en especial: A Pinochet le gusta el pico.

Entonces yo estaba y siempre he estado y siempre estaré a favor de Colo-Colo. En cuanto a Pinochet, para mí era un personaje de la televisión que conducía un programa sin horario fijo, y lo odiaba por eso, por las aburridas cadenas nacionales que interrumpían la programación en las mejores partes. Tiempo después lo odié por hijo de puta, por asesino, pero entonces lo odiaba solamente por esos intempestivos shows que mi papá miraba sin decir palabra, sin regalar más gestos que una piteada más intensa al cigarro que llevaba siempre cosido a la boca.

El padre del pelirrojo viajó, por entonces, a Miami, y regresó con un bate y un guante de béisbol para su hijo. El regalo produjo un inesperado quiebre en nuestras costumbres. Durante unos días cambiamos el fútbol por ese deporte lento y un poco estúpido que sin embargo hipnotizaba a mis amigos. La nuestra debía ser la única plaza en el país donde los niños jugaban béisbol en vez de fútbol. Me costaba mucho darle a la bola o lanzarla bien, por lo que rápidamente pasé a la reserva. El pelirrojo se volvió popular y fue así como, por culpa del béisbol, me quedé sin amigos.

Por las tardes, resignado a la soledad, salía, como se dice, a cansarme: caminaba ensayando trayectos cada vez más largos, aunque casi siempre respetaba una cierta geometría de círculos. Apuraba los trazos, las cuadras, apuntando nuevos paisajes, a pesar de que el mundo no variaba demasiado: las mismas casas nuevas, construidas de repente, como obedeciendo a una urgencia, y sin embargo sólidas, resistentes. En pocas semanas la mayoría de los muros habían sido restaurados y reforzados. Era difícil sospechar que acababa de ocurrir un terremoto.

Ahora no entiendo bien la libertad de que entonces gozábamos. Vivíamos en una dictadura, se hablaba de crímenes y atentados, de estado de sitio y toque de queda, y sin embargo nada me impedía pasar el día vagando lejos de casa. ¿Las calles de Maipú no eran, entonces, peligrosas? De noche sí, y de día también, pero con arrogancia o con inocencia, o con una mezcla de arrogancia e inocencia, los adultos jugaban a ignorar el peligro: jugaban a pensar que el descontento era cosa de pobres y el poder asunto de ricos, y nadie era pobre ni era rico, al menos no todavía, en esas calles, entonces.

Una de esas tardes me encontré con la sobrina de Raúl, pero no supe si debía saludarla, y volví a verla los días siguientes. No me di cuenta de que ella, en verdad, me seguía —es que me gusta caminar rápido, respondí cuando me habló,

y luego vino un silencio largo que ella rompió preguntándome si estaba perdido. Le respondí que no, que sabía perfectamente regresar a casa. Era una broma, quiero hablar contigo, junémonos el próximo lunes, a las cinco, en la pastelería del supermercado —lo dijo así, en una sola frase, y se fue.

Al día siguiente me despertaron temprano porque pasaríamos el fin de semana en el tranque Lo Ovalle. Mi mamá no quería ir y demoraba los preparativos confiando en que llegara pronto la hora del almuerzo y hubiera que cambiar de plan. Mi papá decidió, sin embargo, que almorzaríamos en un restorán, y partimos de inmediato. Entonces comer afuera era un verdadero lujo. Me fui pensando, en el asiento trasero del Peugeot, en lo que ordenaría, y al final pedí un bistec a lo pobre —mi papá me advirtió que era un plato muy grande, que no sería capaz de comerlo, pero en esas escasas salidas estaba permitido pedir sin limitaciones.

De pronto primó ese clima pesado en que solo es posible conversar sobre la tardanza de la comida. La orden se demoraba tanto que mi papá decidió que nos marcharíamos en cuanto llegaran los platos. Protesté o quise protestar o ahora pienso que debería haber protestado. Si vamos a irnos vámonos al tiro, dijo mi mamá con resignación, pero mi padre nos explicó que de ese modo los dueños del restorán perderían la comida, que era un acto de justicia, de venganza.

Seguimos el viaje malhumorados y hambrientos. A mí no me gustaba, en realidad, ir al tranque. No me permitían alejarme demasiado y me aburría montones, pero igual intentaba entretenerme nadando un rato, huyendo de los ratones que vivían entre las rocas, mirando a los gusanos comerse el aserrín y a los peces agonizar en la orilla. Mi papá se instalaba todo el día a pescar y mi mamá pasaba el día mirándolo y yo veía a mi padre pescar y a mi madre mirarlo y me costaba muchísimo entender que eso fuera para ellos divertido.

La mañana del domingo me hice el resfriado porque quería dormir un poco más. Se fueron a las rocas después de darme innumerables recomendaciones. Al poco tiempo me levanté y puse el equipo para escuchar a Raphael mientras preparaba el desayuno. Era un cassette con sus mejores canciones que mi mamá había grabado de la radio. Desgraciadamente en un descuido apreté Rec durante

unos segundos. Arruiné la cinta justo en el estribillo de la canción «Qué sabe nadie».

Me desesperé. Después de pensarlo un poco, creí que la única solución era cantar encima del coro, y me puse a practicar la frase impostando la voz de forma que me pareció convincente. Finalmente me decidí a grabar y escuché la cinta varias veces, creyendo, con indulgencia, que el resultado era adecuado, aunque me preocupaba la falta de música en esos segundos.

Mi padre retaba pero no golpeaba. Nunca me pegó, no era su estilo, prefería la grandilocuencia de algunas frases que al comienzo impresionaban, pues las decía con absoluta seriedad, como actuando en el capítulo final de una teleserie: me has decepcionado como hijo, nunca te voy a perdonar lo que acabas de hacer, tu comportamiento es inaceptable, etcétera.

Yo alimentaba, sin embargo, la ilusión de que alguna vez me golpearía hasta casi matarme. Un recuerdo habitual de infancia es la inminencia de esa paliza que nunca llegó. El viaje de vuelta fue, por eso, angustioso. Apenas partimos de regreso a Santiago dije que estaba cansado de Raphael, que mejor escucháramos a Adamo o a José Luis Rodríguez. Pensé que Raphael te gustaba, respondió mi mamá. Son mejores las letras de Adamo, dije, pero el resultado se me fue de las manos, pues involuntariamente di lugar a una discusión sobre si Adamo era mejor que Raphael, en la que incluso se mencionó a Julio Iglesias, lo que era a todas luces absurdo, porque a nadie en la familia le gustaba Julio Iglesias.

Para demostrar la calidad vocal de Raphael, mi padre decidió poner la cinta y al llegar a «Qué sabe nadie» tuve que improvisar un desesperado plan B que consistía en cantar muy fuerte desde el comienzo de la canción, calculando que al llegar al estribillo mi voz sonaría más fuerte. Me retaron porque cantaba a gritos, pero no descubrieron la adulteración de la cinta. Una vez en casa, sin embargo, cuando cavaba una pequeña fosa junto al rosal para enterrar el cassette, me descubrieron. No tuve más remedio que contarles toda la historia. Se rieron mucho y escucharon la canción varias veces.

Por la noche, sin embargo, aparecieron en mi pieza para decirme que me castigarían con una semana sin salir. Por qué me castigan si se rieron tanto, pregunté, enojado. Porque mentiste, dijo mi padre.

No pude, entonces, ir a la cita con Claudia, pero al final fue mejor, porque cuando le conté esta historia le dio tanta risa que pude mirarla sin complejos, olvidando, de algún modo, el vínculo extraño que comenzaba a unirnos.

Me cuesta recordar, sin embargo, las circunstancias en que volvimos a vernos. Según Claudia fue ella quien me buscó, pero yo recuerdo también haber vagado largas horas esperando verla. Como sea, de pronto estuvimos caminando juntos de nuevo y me pidió que la acompañara a su casa. Doblamos en varias esquinas e incluso ella, en mitad de un pasaje, me dijo que nos devolviéramos, como si no supiera dónde vivía.

Llegamos, finalmente, a una villa de solo dos calles, el pasaje Neftalí Reyes Basoalto y el pasaje Lucila Godoy Alcayaga. Suena a broma, pero es verdad. Buena parte de las calles de Maipú tenían, tienen esos nombres absurdos: mis primos, por ejemplo, vivían en el pasaje Primera Sinfonía, contiguo al Segunda y al Tercera Sinfonía, perpendiculares a la calle El Concierto, y cercanos a los pasajes Opus Uno, Opus Dos, Opus Tres, etcétera. O el mismo pasaje donde yo vivía, Aladino, que daba a Odín y Ramayana y era paralelo a Lemuria —se ve que a fines de los setenta había gente que se divertía mucho eligiendo los nombres de los pasajes donde luego viviríamos las nuevas familias, las familias sin historia, dispuestas o tal vez resignadas a habitar ese mundo de fantasía.

Vivo en la villa de los nombres reales, dijo Claudia esa tarde del reencuentro, mirándome a los ojos seriamente. Vivo en la villa de los nombres reales, dijo de nuevo, como si necesitara recomenzar la frase para continuarla: Lucila Godoy Alcayaga es el verdadero nombre de Gabriela Mistral, explicó, y Neftalí Reyes Basoalto el nombre real de Pablo Neruda. Sobrevino un silencio largo que rompí diciéndole lo primero que se me ocurrió: vivir aquí debe ser mucho mejor que vivir en el pasaje Aladino.

Mientras decía esa frase tonta con lentitud, pude ver sus espinillas, su cara

blanca y rojiza, sus hombros puntudos, el lugar donde debían estar los pechos pero de momento no había nada, y su pelo que no iba a la moda pues no era corto, ondulado y castaño sino largo, liso y negro.

Llevábamos un rato conversando junto a la reja cuando ella me invitó a pasar. No me lo esperaba, porque entonces nadie esperaba eso. Cada casa era una especie de fortaleza en miniatura, un reducto inexpugnable. Yo mismo no podía invitar a amigos, porque mi mamá siempre decía que estaba todo sucio. No era verdad, porque la casa relucía, pero yo pensaba que tal vez había cierto tipo de suciedad que simplemente yo no distinguía, que cuando grande quizás vería capas de polvo donde ahora no veía más que el piso encerado y maderas lustrosas.

La casa de Claudia se parecía bastante a la mía: los mismos horrendos cisnes de rafia, dos o tres sombreros mexicanos, varias minúsculas vasijas de greda y paños tejidos a crochet. Lo primero que hice fue pedirle el baño y descubrí, con asombro, que en esa casa había dos baños. Nunca antes había estado en una casa donde hubiera dos baños. Mi idea de la riqueza era justamente esa: imaginaba que los millonarios tenían casas con tres baños, con cinco baños, incluso.

Claudia me dijo que no estaba segura de que a su madre le agradara verme allí y le pregunté si era por el polvo. Ella al comienzo no entendió pero escuchó mi explicación y entonces prefirió responderme que sí, que a su madre tampoco le gustaba que invitara a sus amigos porque pensaba que la casa estaba siempre sucia. Le pregunté, entonces, sin pensarlo demasiado, por su padre. Mi papá no vive con nosotras, dijo. Están separados, él vive en otra ciudad. Le pregunté si lo echaba de menos. Claro que sí, me dijo. Es mi papá.

En mi curso había solamente un hijo de padres separados, lo que para mí era un estigma, la situación más triste imaginable. Tal vez vuelven a vivir juntos alguna vez, le dije, para consolarla. Puede ser, dijo ella. Pero no tengo ganas de hablar de eso. Quiero que hablemos de otra cosa.

Se quitó las sandalias, fue a la cocina y volvió con una fuente con racimos de uva negra, verde y rosada, lo que me pareció extraño, pues en casa nunca

compraban uva de tantas variedades. Aproveché para probarlas todas y mientras comparaba los sabores Claudia matizaba el silencio con preguntas muy generales de cortesía. Necesito pedirte algo, dijo al fin, pero almorcemos primero. Si quieres te ayudo a preparar la comida, le ofrecí, aunque en mi vida había cocinado o ayudado a cocinar. Ya estamos almorzando, dijo Claudia, muy seria: estas uvas son el almuerzo.

Le costaba llegar al punto. De pronto parecía hablar con soltura, con naturalidad, pero también había en sus palabras un balbuceo que hacía difícil entenderla. Realmente quería quedarse callada. Ahora pienso que maldecía que hubiera que hablar para que yo entendiera lo que quería pedirme.

Necesito que lo cuides, dijo de repente, olvidando toda estrategia.

¿A quién?

A mi tío. Necesito que lo cuides —ya, respondí de inmediato, muy solvente, y en una décima de segundo imaginé que Raúl padecía una enfermedad gravísima, una enfermedad tal vez más grave que la soledad, y que yo debía ser una especie de enfermero. Me vi paseando por la villa, ayudándolo con la silla de ruedas, bendecido por esa conducta solidaria. Pero no era eso lo que me pedía Claudia. Largó la historia de una vez, mirándome fijo, y yo asentí rápido pero a destiempo —asentí demasiado rápido, como confiando en que más tarde comprendería realmente lo que Claudia me había pedido.

Lo que al cabo entendí fue que Claudia y su madre no podían o no debían visitar a Raúl, al menos no con frecuencia. Es ahí donde entraba yo: tenía que vigilar a Raúl —no cuidarlo sino estar pendiente de sus actividades y anotar cada cosa que me pareciera sospechosa en un cuaderno. Nos juntaríamos todos los jueves, a las cinco de la tarde, en el caprichoso punto de encuentro que ella había decidido, la pastelería del supermercado, para entregarle a Claudia el informe y conversar un rato también de cualquier cosa, pues a mí me interesa mucho saber cómo estás, me dijo, y yo sonreí con una satisfacción en la que también respiraban el miedo y el deseo.

Empecé de inmediato a espiar a Raúl. Era un trabajo fácil y aburrido, o tal vez muy difícil, porque buscaba a ciegas. A partir de mis conversaciones con Claudia yo esperaba vagamente que aparecieran silenciosos hombres con lentes oscuros, movilizándose en autos extraños, a medianoche, pero nada de eso sucedía en casa de Raúl. Su rutina no había cambiado: salía y regresaba a horas fijas, ateniéndose a los horarios de oficina, y saludaba con un rígido y amable gesto de cabeza que excluía toda posibilidad de diálogo. Yo no quería, en todo caso, hablarle. Solamente esperaba que hiciera algo anormal, algo que pudiera contarle a su sobrina.

Llegaba a tiempo e incluso adelantado a las citas con Claudia, pero ella siempre estaba ahí, frente a la vitrina de los pasteles. Era como si pasara todo el día mirando esos pasteles. Parecía preocuparle que nos vieran juntos y por eso fingía cada vez que el encuentro era casual. Caminábamos por el supermercado mirando los productos con atención, como si realmente anduviéramos de compras, y salíamos apenas con un par de yogures que abríamos al final de una ruta zigzagueante que empezaba en la plaza y seguía por calles interiores hasta el Templo de Maipú. Solo cuando nos sentábamos en las largas escaleras del Templo ella se sentía segura. Los pocos fieles que a esa hora aparecían pasaban con la cabeza gacha, como adelantándose a los rezos o a las confesiones.

Más de una vez quise saber por qué teníamos que escondernos y Claudia se limitaba a decirme que debíamos ser cuidadosos, que las cosas podían estropearse. Desde luego yo no sabía qué era aquello que podía estropearse, pero a esas alturas ya estaba acostumbrado a las respuestas imprecisas.

Una tarde, sin embargo, llevado por un impulso, le dije que sabía la verdad: que sabía que los problemas de Raúl estaban relacionados con el hecho de que era democratacristiano, y a ella le salió una carcajada larguísima, excesiva. Se arrepintió enseguida. Se acercó, puso sus manos ceremoniosamente sobre mis

hombros e incluso pensé que iba a besarme, pero no era eso, por supuesto —mi tío no es democratacristiano, me dijo, con voz tranquila y lenta.

Entonces le pregunté si era comunista y ella guardó un silencio pesado. No puedo decirte más, respondió al fin. No tiene importancia. No necesitas saberlo todo para hacer bien tu trabajo —decidió, de pronto, seguir por esa línea, y habló mucho y muy rápido: dijo que ella entendería si no quería ayudarla y que era mejor que dejáramos de vernos. Como le rogué que siguiéramos, ella me pidió que en adelante simplemente me concentrara en observar a Raúl.

Para mí un comunista era alguien que leía el diario y recibía en silencio las burlas de los demás —pensaba en mi abuelo, el padre de mi padre, que siempre estaba leyendo el diario. Una vez le pregunté si lo leía entero y el viejo respondió que sí, que el diario había que leerlo entero.

Tenía también una escena violenta en la memoria, un diálogo, para las fiestas patrias, en casa de mis abuelos. Estaban ellos y sus cinco hijos en la mesa principal y yo con mis primos en la mesa que llamaban del pellejo, cuando mi papá le dijo a mi abuelo, al final de una discusión, casi gritando, cállate tú, viejo comunista, y al principio todos guardaron silencio pero de a poco empezaron a reír. Incluso la abuela y mi mamá, y hasta uno de mis primos, que de seguro no entendía la situación, también rieron. No reían solamente sino que también repetían, en franco tono de burla: viejo comunista.

Pensé que el abuelo también reiría; que era uno de esos momentos liberadores en que todo el mundo se entregaba a las carcajadas. Pero el viejo se mantuvo muy serio, en silencio. No dijo una palabra. Lo trataban mal y entonces yo no estaba seguro de que lo mereciera.

Años más tarde supe que no había sido un buen padre. Se pasó la vida jugándose completo su sueldo de obrero y vivía del trabajo de su mujer, que vendía verduras y lavaba y cosía. Mi papá creció con la obligación de ir a buscarlo a los tugurios, de preguntar por él sabiendo que, en el mejor de los casos, lo encontraría abrazando el concho de una botella.

Volvimos a clases y nos cambiaron a la profesora jefe, la señorita Carmen, lo que agradecí de todo corazón. Llevábamos tres años con ella, y ahora pienso que no era una mala persona, pero me odiaba. Me odiaba debido a la palabra *aguja*, que para ella no existía. Para ella la palabra correcta era *ahuja*. No sé muy bien por qué un día me acerqué con el diccionario y le demostré que estaba equivocada. Me miró con pánico, tragó saliva y asintió, pero a partir de entonces dejó de quererme y yo también a ella. No deberíamos odiar a la persona que nos enseñó, bien o mal, a leer. Pero yo la odiaba o más bien odiaba el hecho de que ella me odiara.

El profesor Morales, en cambio, me quiso desde un comienzo, y yo confié en él lo suficiente como para preguntarle una mañana, mientras caminábamos hacia el gimnasio para la clase de Educación Física, si era muy grave ser comunista.

Por qué me preguntas eso, me dijo. ¿Crees que yo soy comunista?

No, le dije. Estoy seguro de que usted no es comunista.

¿Y tú eres comunista?

Yo soy un niño, le dije.

Pero si tu papá fuera comunista tal vez tú también lo serías.

No lo creo, porque mi abuelo es comunista y mi papá no.

¿Y qué es tu papá?

Mi papá no es nada, respondí, con seguridad.

No es bueno que hables sobre estas cosas, me dijo después de mirarme un rato largo. Lo único que puedo decirte es que vivimos en un momento en que no es bueno hablar sobre estas cosas. Pero algún día podremos hablar de esto y de todo.

Cuando termine la dictadura, le dije, como completando una frase en un control de lectura.

Me miró riendo, me tocó el pelo con cariño. Empecemos con diez vueltas a

la cancha, dijo en un grito, y me puse a trotar muy lento mientras pensaba confusamente en Raúl.

Como teníamos que recuperar los días perdidos por el terremoto, la jornada de clases era larguísima. Regresaba a casa solo media hora antes que Raúl, por lo que el espionaje se volvía peligrosamente inútil. Decidí que debía entrar, que debía aventurarme con más decisión, hacer mejor mi trabajo.

Una noche me pasé por la pandereta y caí sobre las ligustrinas. Me di un golpe terrible. Raúl salió enseguida, muy asustado. Al verme allí me ayudó y me dijo que no debía hacer eso, pero que entendía, que era su culpa. Me quedé tieso, sin saber de qué hablaba, pero enseguida volvió con una pelota de tenis. Si hubiera sabido que era tuya te la habría lanzado al antejardín, me dijo, y le di las gracias.

Al poco tiempo escuché, con nitidez, que Raúl hablaba con otro hombre. Las voces sonaban cercanas, debían estar en la pieza contigua a mi dormitorio. Nunca había ruidos en esa pieza, aunque yo solía, ya como rutina, pegar la oreja a un vaso y escuchar. Me era imposible entender lo que hablaban. Sí noté que hablaban poco. No era una conversación fluida. Era el tipo de conversación que se da entre gente que se conoce mucho o muy poco. Gente que está acostumbrada a convivir o que no se conoce.

A la mañana siguiente me levanté a las cinco y media y esperé con paciencia hasta comprobar que el visitante seguía allí. El Fiat 500 de Raúl arrancó a la hora de siempre. Me encaramé temerariamente en la ventana para comprobar que iba solo. Fingí un dolor de estómago y me dejaron quedarme en casa. Escuché en silencio un par de horas hasta que sentí las cañerías. El hombre debía estar en la ducha. Decidí arriesgarme. Me vestí, tiré la pelota a la casa de Raúl y toqué el timbre varias veces, pero el hombre no salió. Me quedé esperando, ya sin llamar. Lo vi salir, enfilaba por Odín, así que corrí por Aladino para dar la vuelta y encontrármelo de frente. Lo detuve y le dije que estaba perdido, que por favor me ayudara a volver a casa.

El hombre me miró conteniendo el fastidio, pero me acompañó. Cuando llegamos no hizo alusión a que había pasado la noche en casa de Raúl. Le di las gracias y ya no tuve opción: le pregunté si conocía a Raúl y me respondió que era su primo, que vivía en Puerto Montt, que había alojado ahí porque tenía que hacer un trámite en Santiago. Yo soy el vecino de Raúl, le dije. Hasta luego, vecino de Raúl, me dijo el hombre, y partió muy rápido, casi corriendo.

Es posible, dijo Claudia, para mi sorpresa, cuando le conté sobre la presencia de ese extraño. ¿Era posible que Raúl tuviera un primo en Puerto Montt? ¿No era ese primo, entonces, pariente de Claudia?

Es una familia muy grande la nuestra, dijo Claudia, y hay muchos tíos en el sur que no conozco. Cambió de tema serenamente.

Hubo otros cinco hombres en los meses siguientes en casa de Raúl y cada vez Claudia se mostró impasible ante la noticia. Pero su reacción fue muy distinta cuando le conté que había alojado allí una mujer, y no una noche, como era habitual, sino dos noches seguidas. Tal vez también viene del sur, le dije. Puede ser, me respondió, pero era evidente que estaba sorprendida, e incluso enojada.

Puede ser una polola. Quizás Raúl ya no está solo, dije.

Sí, respondió ella, al rato. Raúl es soltero, puede perfectamente tener una polola.

De todas maneras, me pidió, quiero que averigües todo lo que puedas sobre esa posible polola.

Me pareció que hacía esfuerzos por no llorar. Me quedé mirándola de cerca, hasta que ella se puso de pie. Entremos al Templo, me dijo. Mojó sus dedos en la fuente de agua bendita para refrescarse la cara. Nos quedamos de pie junto a unos enormes candelabros de los que caía la esperma de las velas nuevas o ya a punto de consumirse que solía llevar la gente para pedir milagros. Claudia puso las manos encima de las llamas, como si hiciera frío, untó las yemas en la cera e hizo gestos divertidos para persignarse con los dedos manchados. No sabía persignarse. Yo le enseñé.

Nos sentamos en el primer banco. Yo miraba con obediencia hacia el altar, mientras que Claudia se fijaba en los costados y reconocía una a una las banderas que flanqueaban a la Virgen del Carmen. Me preguntó si sabía por qué

estaban allí esas banderas. Son las banderas de América, le dije. Sí, pero por qué están aquí. No lo sé, le respondí.

Me tomó la mano y me dijo que la bandera más linda era la de Argentina. Cuál es la más linda para ti, me preguntó, y yo iba a decirle que la de Estados Unidos pero por suerte guardé silencio, pues enseguida dijo que la bandera de Estados Unidos era la más fea, una bandera en verdad horrible, y yo agregué que estaba de acuerdo, que la bandera de Estados Unidos era realmente asquerosa.

Durante semanas esperé, sin suerte, que la mujer volviera. Apareció, por fin, una mañana de sábado. Era una niña, en realidad. Calculé que tenía más o menos dieciocho años. Era difícil que fuera la novia de Raúl.

Pasé horas intentando escuchar lo que ella y Raúl conversaban, pero cambiaban apenas algunas frases que no conseguí distinguir. Pensé que se quedaría a alojar, pero se fue esa misma tarde. La seguí, absurdamente camuflado con un jockey rojo. La mujer caminaba a paso rápido hacia el paradero y una vez allí, a su lado, quise hablarle, pero no me salió la voz.

La micro se detuvo y tuve que decidir, en cosa de segundos, si yo también subiría. Entonces ya viajaba solo en micro, pero solo el trayecto corto, de diez minutos, al colegio. Subí y viajé durante un tiempo larguísimo, una hora y media de temerario recorrido, clavado en el asiento inmediatamente posterior al de ella.

Nunca había ido tan lejos de casa y la impresión poderosa que me produjo la ciudad es de alguna forma la que de vez en cuando resurge: un espacio sin forma, abierto pero también clausurado, con plazas imprecisas y casi siempre vacías, con gente caminando por veredas estrechas, concentrados en el suelo con una especie de sordo fervor, como si únicamente pudieran desplazarse a lo largo de un esforzado anonimato.

La noche caía sobre ese cuello prohibido que yo miraba cada vez más concentrado, como si fijar la vista me liberara de la fuga; como si mirar intensamente me protegiera. A esas alturas la micro comenzaba a llenarse y una señora me miró con la intención de que le cediera el asiento, pero no podía arriesgarme a perder mi lugar. Decidí fingir los gestos de un niño con retraso mental, o lo que yo creía que eran los gestos de un niño con retraso mental, un niño que miraba embobado hacia el frente, completamente absorto en un mundo imaginario.

La supuesta novia de Raúl bajó de pronto y yo estuve a punto de quedarme

arriba. Llegué con dificultad y a fuerza de codazos a la puerta. Ella me esperó y me ayudó a bajar. Seguía moviéndome como un niño retrasado, aunque ella sabía muy bien que yo no era un niño retrasado sino el vecino de Raúl, que la había seguido, que parecía decidido a seguirla toda la tarde. No había en su mirada reprobación, sin embargo, sino una absoluta serenidad.

Me aventuré, con inútil prudencia, en un laberinto de calles que me parecían grandes y antiguas. De vez en cuando ella se daba la vuelta, me sonreía y apuraba el paso, como si se tratara de un juego y no de un asunto muy serio. De pronto trotó y luego se largó, sin más, a correr, y estuve a punto de perderla, pero vi, a lo lejos, que entraba a una especie de almacén. Me subí a un árbol y esperé varios minutos a que por fin saliera y creyera que me había ido. Caminó entonces solamente media cuadra hasta la que debía ser su casa. Esperé a que entrara y me acerqué. La reja era verde y la fachada azul y eso me llamó la atención, pues nunca antes había visto esa combinación de colores. Anoté la dirección en mi cuaderno, contento de haber llegado a un dato tan preciso.

Me costó muchísimo regresar a la calle donde debía tomar la micro de vuelta. Pero recordaba el nombre claramente: Tobalaba. Volví a casa a la una de la mañana y el miedo ni siquiera me permitió bosquejar una explicación convincente. Mis padres habían ido a los carabineros y el suceso había trascendido entre los vecinos. Al final dije que me había quedado dormido en una plaza y que había despertado recién. Me creyeron y hasta tuve luego que ir a un médico para que revisara mis problemas de sueño.

Envalentonado por mis hallazgos, acudí a la cita del jueves con el firme propósito de contarle a Claudia todo lo que sabía sobre la supuesta novia de Raúl.

Pero las cosas sucedieron de otro modo. Claudia llegó a la cita atrasada y acompañada. Me presentó con un gesto amable a Esteban, un tipo de pelo largo y rubio. Me dijo que podía confiar en él, que estaba enterado de todo. Me quedé de una pieza, muy molesto, sin atreverme a preguntarle si era su pololo o su primo o qué. Seguramente tenía diecisiete o dieciocho años: poco más que Claudia, mucho más que yo.

Esteban compró tres panes y un cuarto de mortadela en el supermercado. No fuimos al Templo. Nos quedamos en la plaza comiendo. El tipo hablaba poco pero aquella tarde yo hablé menos. No le conté a Claudia lo que había averiguado, tal vez a manera de venganza, pues no estaba preparado para lo que estaba sucediendo, no podía entender por qué alguien podía enterarse de lo que hacía con Claudia, por qué era lícito que ella compartiera el secreto.

Me porté como el niño que era y falté a las citas siguientes. Pensé que eso debía hacer: olvidar a Claudia. Pero al cabo de unas semanas, sorprendentemente, recibí una carta de ella. Me citaba de urgencia, me pedía que fuera a verla a cualquier hora, me decía que no importaba si estaba su madre en casa.

Eran casi las nueve de la noche. Magali abrió la puerta y me preguntó el nombre, pero era evidente que ya lo sabía. Claudia me saludó efusivamente y le dijo a su madre que yo era el vecino de Raúl y ella hizo gestos excesivos de alegría. Cómo has crecido, me dijo, no te reconocí. Seguro que fingían los diálogos de una presentación y las preguntas que la mujer me dirigía eran totalmente estudiadas. Medio aturdido por la situación, le pregunté si seguía siendo profesora de inglés, y ella respondió que sí, sonriendo, que no era fácil dejar de ser, de la noche a la mañana, profesora de inglés.

Le pedí a Claudia que me contara lo que había pasado: de qué manera habían cambiado las cosas como para que ahora mi presencia fuera natural. Es que las cosas están cambiando de a poco, me dijo ella: muy lentamente las cosas están

cambiando. Ya no es necesario que espíes a Raúl, puedes venir a verme cuando quieras, pero ya no es necesario que hagas ningún informe, insistió, y no tuve más remedio que irme rumiando un profundo desconcierto.

Fui una o dos veces más, pero volví a toparme con Esteban. Nunca supe si era o no el pololo de Claudia, pero de todas maneras lo detestaba. Y entonces dejé de ir y los días pasaron como una ventolera. Durante meses o tal vez durante un año me olvidé de Claudia. Hasta que una mañana vi a Raúl cargando una camioneta blanca con decenas de cajas.

Todo fue muy rápido. Me acerqué, le pregunté dónde iba, y él no respondió: me miró con un gesto neutro y evasivo. Salí corriendo a la casa de Claudia. Quería avisarle y mientras corría descubrí que también quería que me perdonara. Pero Claudia ya no estaba. Se fueron hace unos días, dijo la vecina. No sé adonde, cómo voy a saberlo, dijo. A otra villa, supongo.

II. La literatura de los padres

Avanzo de a poco en la novela. Me paso el tiempo pensando en Claudia como si existiera, como si hubiera existido. Al comienzo dudaba incluso de su nombre. Pero es el nombre del noventa por ciento de las mujeres de mi generación. Es justo que se llame así. No me cansa el sonido, tampoco. Claudia.

Me gusta mucho que mis personajes no tengan apellidos. Es un alivio.

*

Un día de estos esta casa ya no va a recibirme. Quería habitarla de nuevo, ordenar los libros, cambiar los muebles de lugar, arreglar un poco el jardín. Nada de eso ha sido posible. Pero me ayudan, ahora, varios dedos de mezcal.

Por la tarde hablé, por segunda vez en mucho tiempo, con Eme. Preguntamos por los amigos en común, y luego, a más de un año de la separación, hablamos de los libros que se llevó o que olvidó sin querer. Me pareció doloroso repasar, de manera tan civilizada, el listado de pérdidas, pero al final incluso me animé a pedirle de vuelta los libros de Hebe Uhart y de Josefina Vicens que tanto echo de menos. Los leí, me dijo. Por un segundo pensé que mentía, a pesar de que nunca mintió sobre esas cosas, nunca mintió sobre nada, en realidad. Nuestro problema fue justamente ese, que no mentíamos. Fracasamos por el deseo de ser honestos siempre.

Luego me contó sobre la casa en la que vive —una casona, en realidad, a unas veinte cuadras de aquí, que comparte con dos amigas. No las conoces, me dijo, y en realidad no son verdaderas amigas, pero hacemos un buen grupo: mujeres de treinta hablando alegremente sobre sus frustraciones. Le dije que podía ir a verla y llevarle los libros que necesitaba. Me respondió que no. Prefiero ir yo, un día de estos, después de Navidad. Así me das un té y

conversamos, dijo.

Desde que nos separamos, agregó de repente, forzando o buscando un tono natural —desde que nos separamos me he acostado con dos hombres. Yo no he estado con ninguno, le respondí, bromeando. Entonces no has cambiado tanto, me dijo, riendo. Pero he estado con dos mujeres, le dije. La verdad es que ha sido solo una. Le mentí, tal vez para empatar. Y sin embargo no pude seguir el juego. La sola idea de imaginarte con alguien más me resulta intolerable, le dije, y nos costó, después, rellenar ese silencio.

Recuerdo cuando se fue. Se supone que es el hombre el que se va de la casa. Mientras ella lloraba y empacaba sus cosas lo único que atiné a decirle fue esa frase absurda: se supone que es el hombre el que se va de la casa. De alguna manera siento, todavía, que este espacio es suyo. Por eso me cuesta tanto vivir aquí.

Volver a hablar con ella fue bueno y tal vez necesario. Le conté sobre la novela nueva. Le dije que al comienzo avanzaba a pulso seguro, pero que de a poco había perdido el ritmo o la precisión. Por qué no la escribes de una vez, me aconsejó, como si no me conociera, como si no hubiera estado conmigo a lo largo de tantas noches de escritura. No lo sé, le respondí. Y en verdad no lo sé.

Lo que pasa, Eme, pienso ahora, un poquito borracho, es que espero una voz. Una voz que no es la mía. Una voz antigua, novelesca, firme.

O es que me gusta estar en el libro. Es que prefiero escribir a haber escrito. Prefiero permanecer, habitar ese tiempo, convivir con esos años, perseguir largamente imágenes esquivas y repasarlas con cuidado. Verlas mal, pero verlas. Quedarme ahí, mirando.

*

Como era de esperar, pasé todo el día pensando en Eme. Gracias a ella encontré la historia para esta novela. Debe haber sido hace cinco años, recién vivíamos en esta casa. Hablábamos, todavía en la cama, a mediodía, sobre anécdotas de infancia, como hacen los amantes que quieren saberlo todo, que rebuscan en la memoria historias antiguas para poder canjearlas, para que el otro también busque: para encontrarse en la ilusión de dominio, de entrega.

Ella tenía siete u ocho años, estaba en el patio, con otras niñas, jugando a las escondidas. Se hacía tarde, ya era hora de entrar a casa, los adultos las llamaban,

las niñas respondían que ya iban —el tira y afloja se hacía largo, los llamados eran cada vez más enérgicos, pero ellas reían y seguían jugando.

De pronto se dieron cuenta de que hacía rato habían dejado de llamarlas y era noche cerrada ya. Pensaron que estaban mirándolas, que querían darles una lección, que ahora los adultos jugaban a esconderse. Pero no. Al entrar a la casa Eme vio que los amigos de su padre lloraban y que su madre, clavada en el sillón, miraba hacia un lugar indefinido. Escuchaban las noticias en la radio. Hablaban de un allanamiento. Hablaban de muertos, de más muertos.

Muchas veces pasó eso, me dijo Eme esa vez, hace cinco años. Los niños entendíamos, súbitamente, que no éramos tan importantes. Que había cosas insondables y serias que no podíamos saber ni comprender.

La novela es la novela de los padres, pensé entonces, pienso ahora. Crecimos creyendo eso, que la novela era de los padres. Maldiciéndolos y también refugiándonos, aliviados, en esa penumbra. Mientras los adultos mataban o eran muertos, nosotros hacíamos dibujos en un rincón. Mientras el país se caía a pedazos nosotros aprendíamos a hablar, a caminar, a doblar las servilletas en forma de barcos, de aviones. Mientras la novela sucedía, nosotros jugábamos a escondernos, a desaparecer.

*

En lugar de escribir, pasé la mañana tomando cerveza y leyendo *Madame Bovary*. Ahora pienso que lo mejor que he hecho en estos años ha sido beber muchísima cerveza y releer algunos libros con devoción, con extraña fidelidad, como si en ellos latiera algo propio, alguna pista sobre el destino. Por lo demás, leer morosamente, echarse en la cama largas horas sin solucionar nunca la picazón en los ojos, es la coartada perfecta para esperar la llegada de la noche. Y eso espero, nada más: que la noche llegue pronto.

Todavía recuerdo la tarde en que la profesora se volvió a la pizarra y escribió las palabras *prueba, próximo, viernes, Madame, Bovary, Gustave, Flaubert, francés*. Con cada letra crecía el silencio y al final solamente se oía el triste chirrido de la tiza.

Por entonces ya habíamos leído novelas largas, casi tan largas como *Madame Bovary*, pero esta vez el plazo era imposible: teníamos menos de una semana para enfrentar una novela de cuatrocientas páginas. Comenzábamos a

acostumbrarnos, sin embargo, a esas sorpresas: acabábamos de entrar al Instituto Nacional, teníamos once o doce años, y ya sabíamos que en adelante todos los libros serían largos.

Estoy seguro de que esos profesores no querían entusiasmarnos sino disuadirnos, alejarnos para siempre de los libros. No gastaban saliva hablando sobre el placer de la lectura, tal vez porque ellos habían perdido ese placer o nunca lo habían sentido realmente. Se supone que eran buenos profesores, pero entonces ser bueno era poco más que saberse los manuales.

Al tiempo ya conocíamos los trucos, transmitidos de generación en generación. Se nos enseñaba a ser tramposos y aprendíamos rápido. En todas las pruebas había un ítem de identificación de personajes, que incluía puros personajes secundarios: mientras menos relevante fuera el personaje era mayor la posibilidad de que nos preguntaran por él, así que memorizábamos los nombres con resignación y también con la alegría de cultivar un puntaje seguro. Era importante saber que el joven cojo de los mandados se llamaba Hipólito y la criada Félicité y que el nombre de la hija de Emma era Berta Bovary.

Había cierta belleza en el gesto, pues entonces éramos justamente eso, personajes secundarios, centenares de niños que cruzaban la ciudad equilibrando apenas los bolsos de mezclilla. Los vecinos del barrio tomaban el peso y hacían siempre la misma broma: parece que llevaras piedras en la mochila. El centro de Santiago nos recibía con bombas lacrimógenas, pero no llevábamos piedras sino ladrillos de Baldor o de Villee o de Flaubert.

Madame Bovary era una de las pocas novelas que había en casa, así que empecé a leerla esa misma noche, pero no tuve paciencia con las descripciones. La prosa de Flaubert simplemente me hacía cabecear. Tuve que aplicar el método de urgencia que me había enseñado mi padre: leer las dos primeras páginas y enseguida las dos últimas, y solo entonces, solo después de saber el comienzo y el final de la novela, seguir leyendo de corrido. Si no alcanzas a terminar, al menos ya sabes quién era el asesino, decía mi padre, que al parecer solo había leído libros en que había un asesino.

Entonces lo primero que supe de *Madame Bovary* fue que el niño tímido y alto del capítulo inicial finalmente moriría y que su hija terminaría de obrera en una fábrica de algodón. Sobre el suicidio de Emma ya sabía, pues algunos padres alegaron que el tema del suicidio era demasiado fuerte para niños de doce años, a lo que la profesora respondió que no, que el suicidio de una mujer acosada por las deudas era un tema muy actual, perfectamente comprensible por niños de

doce años.

No avancé mucho más en la lectura. Estudié un poco con los resúmenes que había hecho mi compañero de banco y el día anterior a la prueba encontré una copia de la película en el videoclub de Maipú. Mi mamá intentó oponerse a que la viera, pues pensaba que no era adecuada para mi edad, y yo también pensaba o más bien esperaba eso, porque *Madame Bovary* me sonaba a porno, todo lo francés me sonaba a porno.

La película era, en este sentido, decepcionante, pero la vi dos veces y llené las hojas de oficio por lado y lado. Saqué un 3,6, sin embargo, de manera que durante algún tiempo asocié *Madame Bovary* a ese 3,6 y al nombre del director de la película, que la profesora escribió entre signos de exclamación junto a la mala nota: ¡Vincente Minnelli!

Busco, ahora, a Berta en la novela. Recordaba solamente el momento, en el capítulo cinco de la segunda parte, en que Emma mira a Berta y piensa, extrañada: «Mira que es fea esta niña». Y la terrible escena de la muerte de Charles, cuando Berta piensa que su padre está jugando: «Creyendo que quería hacerle una broma, le dio un empujoncito. Bovary cayó al suelo. Estaba muerto».

Me gusta imaginar a Berta merodeando por el patio mientras su madre está en cama, convaleciente —Emma escucha, desde su cuarto, el ruido de un carruaje y se acerca con esfuerzo a la ventana para mirar la calle ya desierta.

Me gusta pensar en Berta aprendiendo a leer. Primero es Emma quien intenta enseñarle. Después de su gran desilusión ha decidido volver a la vida y convertirse en una mujer entregada a ocupaciones piadosas. Berta es todavía muy pequeña y de seguro no entiende las lecciones. Pero durante esos días o semanas o meses su madre tiene toda la paciencia del mundo: le enseña a su hija a leer y remienda ropa para los pobres y hasta consulta obras religiosas.

Un tiempo después, Charles lleva a Berta a dar un paseo y trata de enseñarle a leer con un libro de medicina. Pero la niña no tiene el hábito del estudio, por lo que se entristece y se echa a llorar.

Hay un pasaje en que Charles piensa en el futuro de Berta y desde luego se equivoca mucho al imaginarla a los quince años, paseando en verano con un gran sombrero de paja, tan bella como su madre. Al verlas a lo lejos parecerían hermanas, piensa Charles, satisfecho.

Vino Eme, por fin. Me dio, como regalo de Navidad, un frasco de magnetos con cientos de palabras en inglés. Armamos juntos la primera frase, que resultó, de alguna manera, oportuna:

only love & noise

Me mostró sus dibujos recientes y sin embargo no aceptó que le leyera las primeras páginas de mi libro. Me miró con un gesto nuevo, un gesto que no puedo precisar.

Es impresionante que el rostro de una persona amada, el rostro de alguien con quien hemos vivido, a quien creemos conocer, tal vez el único rostro que seríamos capaces de describir, que hemos mirado durante años, desde una distancia mínima —es bello y en cierto modo terrible saber que incluso ese rostro puede liberar de pronto, imprevistamente, gestos nuevos. Gestos que nunca antes habíamos visto. Gestos que acaso nunca volveremos a ver.

*

Entonces no sabíamos los nombres de los árboles o de los pájaros. No era necesario. Vivíamos con pocas palabras y era posible responder a todas las preguntas diciendo: no lo sé. No creíamos que eso fuera ignorancia. Lo llamábamos honestidad. Luego aprendimos, de a poco, los matices. Los nombres de los árboles, de los pájaros, de los ríos. Y decidimos que cualquier frase era mejor que el silencio.

Pero estoy contra la nostalgia.

No, no es cierto. Me gustaría estar contra la nostalgia. Dondequiera que mire hay alguien renovando votos con el pasado. Recordamos canciones que en realidad nunca nos gustaron, volvemos a ver a las primeras novias, a compañeros de curso que no nos simpatizaban, saludamos con los brazos abiertos a gente que repudiábamos.

Me asombra la facilidad con que olvidamos lo que sentíamos, lo que queríamos. La rapidez con que asumimos que ahora deseamos o sentimos algo distinto. Y a la vez queremos reírnos con las mismas bromas. Queremos,

creemos ser de nuevo los niños bendecidos por la penumbra.

Estoy en esa trampa, en la novela. Ayer escribí la escena del reencuentro, casi veinte años después. Me gustó el resultado, pero a veces pienso que los personajes no deberían volver a verse. Que deberían pasar de largo muchas veces, caminar por las mismas calles, acaso hablar sin reconocerse, de un lado al otro del mostrador.

¿Realmente reconocemos a alguien veinte años después? ¿Reconocemos ahora, a partir de un indicio luminoso, los rasgos definitivos, irremediabilmente adultos, de una cara remota? He pasado la tarde pensando en eso, decidiendo eso.

Me parece bello que no se encuentren. Seguir simplemente sus vidas, tan distintas, hasta el presente, y aproximarlas de a poco: dos trayectos paralelos que no llegan a juntarse. Pero esa novela debería escribirla alguien más. A mí me gustaría leerla. Porque en la novela que quiero escribir ellos se encuentran. Necesito que se encuentren.

*

¿Se enamoran? ¿Es una historia de amor?

Eme pregunta y yo solamente sonrío. Llegó a media tarde, tomamos varias tazas de té y escuchamos un disco entero de The Kinks. Le pedí que me dejara leerle algunas páginas del manuscrito y de nuevo no quiso. Prefiero leerlas más adelante, me dijo. Estoy escribiendo sobre ti, la protagonista tiene mucho de ti, le dije, temerariamente. Con mayor razón, respondió, sonriendo: prefiero leerla más adelante. Pero me alegra muchísimo que hayas vuelto a escribir, agregó. Me gusta lo que te pasa cuando escribes. Escribir te hace bien, te protege.

¿Me protege de qué?

Las palabras te protegen. Buscas frases, buscas palabras, eso es súper bueno, dijo.

Luego me pidió más detalles sobre la historia. Le conté muy poco, lo mínimo. Al hablar sobre Claudia volví a dudar de su nombre.

Me preguntó después, medio en broma, si los personajes se quedan juntos para toda la vida. No pude evitar un asomo de molestia. Le respondí que no: que vuelven a verse ya adultos y se enredan unas semanas, tal vez algunos meses, pero que de ninguna manera se quedan juntos. Le dije que no podría ser así, que

nunca es así —nunca es así en las novelas buenas, pero en las novelas malas todo es posible, dijo Eme, atándose el pelo con nerviosismo y coquetería.

Miré sus labios partidos, sus mejillas, sus pestañas cortas. Parecía sumida en un pensamiento profundo. Luego se fue. No quería que se fuera todavía. Pero se fue. Se ha tomado en serio la precaución. Yo estoy de acuerdo. También creo que no es bueno que volvamos a vivir juntos, por ahora. Que necesitamos tiempo.

Intenté después seguir escribiendo. No sé muy bien por dónde avanzar. No quiero hablar de inocencia ni de culpa; quiero nada más que iluminar algunos rincones, los rincones donde estábamos. Pero no estoy seguro de poder hacerlo bien. Me siento demasiado cerca de lo que cuento. He abusado de algunos recuerdos, he saqueado la memoria, y también, en cierto modo, he inventado demasiado. Estoy de nuevo en blanco, como una caricatura del escritor que mira la pantalla con impotencia.

No le dije a Eme lo mucho que me cuesta escribir sin ella. Recuerdo su cara de sueño, cuando me acercaba muy tarde para leerle apenas un párrafo o una frase. Ella escuchaba y asentía o bien opinaba, con precisión: eso no sería así, este personaje no respondería con esas palabras. Ese tipo de observaciones valiosas, esenciales.

Ahora voy a escribir con ella de nuevo, pienso. Y siento felicidad.

*

Caminé anoche durante horas. Era como si quisiera perderme por alguna calle nueva. Perderme absoluta y alegremente. Pero hay momentos en que no podemos, no sabemos perdernos. Aunque tomemos siempre las direcciones equivocadas. Aunque perdamos todos los puntos de referencia. Aunque se haga tarde y sintamos el peso del amanecer mientras avanzamos. Hay temporadas en que por más que lo intentemos descubrimos que no sabemos, que no podemos perdernos. Y tal vez añoramos el tiempo en que podíamos perdernos. El tiempo en que todas las calles eran nuevas.

Llevo varios días recordando el paisaje de Maipú, comparando la imagen de ese mundo de casas pareadas, ladrillo princesa y suelo de flexit, con estas calles viejas donde vivo desde hace años, estas casas tan distintas las unas de las otras —el ladrillo fiscal, el parquet, la apariencia de estas calles nobles que no me

pertenecen y que sin embargo recorro con familiaridad. Calles con nombres de personas, de lugares reales, de batallas perdidas y ganadas, y no esos pasajes de fantasía, ese mundo de mentira en que crecimos a la rápida.

*

Esta mañana vi, en un banco del Parque Intercomunal, a una mujer leyendo. Me senté enfrente para verle la cara y fue imposible. El libro absorbía su mirada y por momentos creí que ella lo sabía. Que alzar el libro de esa manera —a la estricta altura de los ojos, con ambas manos, con los codos apoyados en una mesa imaginaria— era su forma de esconderse.

Vi su frente blanca y el pelo casi rubio, pero nunca sus ojos. El libro era su antifaz, su preciada máscara.

Sus dedos largos sostenían el libro como ramas delgadas y vigorosas. Me acerqué en un momento lo bastante como para mirar incluso sus uñas cortadas sin rigor, como si acabara de comérselas.

Estoy seguro de que sentía mi presencia, pero no bajó el libro. Siguió sosteniéndolo como quien sostiene la mirada.

Leer es cubrirse la cara, pensé.

Leer es cubrirse la cara. Y escribir es mostrarla.

*

Hoy vi *La batalla de Chile*, el documental de Patricio Guzmán. Conocía nada más que unos fragmentos, sobre todo de la segunda parte, que pasaron alguna vez, en el colegio, ya en democracia. Recuerdo que el presidente del Centro de Alumnos comentaba las escenas y cada cierto tiempo detenía la cinta para decirnos que ver esas imágenes era más importante que aprender las tablas de multiplicar.

Entendíamos, por supuesto, lo que el dirigente quería decirnos, pero igual nos parecía raro el ejemplo, pues si estábamos en ese colegio era justamente porque desde hacía ya demasiados años sabíamos las tablas de multiplicar. Desde la última fila del auditorium alguien interrumpió para preguntar si ver esas imágenes era más importante que aprender a dividir con decimales, y enseguida alguien preguntó si en lugar de memorizar la tabla periódica podíamos

mirar muchas veces esas imágenes tan importantes. Nadie rio, sin embargo. El dirigente no quiso responder, pero nos miró con una mezcla de tristeza e ironía. Entonces intervino un delegado y dijo: hay cosas sobre las que no se puede bromear. Si entienden eso, pueden quedarse en la sala.

No recordaba o no había visto la larga secuencia de *La batalla de Chile* que tiene lugar en los campos de Maipú. Obreros y campesinos defienden las tierras y discuten fuertemente con un representante del gobierno de Salvador Allende. Pensé que esas bien podían ser las tierras del pasaje Aladino. Las tierras en que luego aparecieron esas villas con nombres de fantasía donde vivimos las familias nuevas, sin historia, del Chile de Pinochet.

*

El colegio cambió mucho cuando volvió la democracia. Entonces yo acababa de cumplir trece años y empezaba tardíamente a conocer a mis compañeros: hijos de gente asesinada, torturada y desaparecida. Hijos de victimarios, también. Niños ricos, pobres, buenos, malos. Ricos buenos, ricos malos, pobres buenos, pobres malos. Es absurdo ponerlo así, pero recuerdo haberlo pensado más o menos de esa manera. Recuerdo haber pensado, sin orgullo y sin autocompasión, que yo no era ni rico ni pobre, que no era bueno ni malo. Pero era difícil ser eso: ni bueno ni malo. Me parecía que eso era, en el fondo, ser malo.

Recuerdo a un profesor de Historia, uno que no me agradaba realmente, en tercero medio, a los dieciséis años. Una mañana tres ladrones que huían de la policía se refugiaron en los estacionamientos del colegio y los carabineros los siguieron y lanzaron un par de tiros al aire. Nos asustamos, nos echamos al suelo, pero una vez pasado el peligro nos sorprendió ver que el profesor lloraba debajo de la mesa, con los ojos apretados y las manos en los oídos. Fuimos a buscar agua e intentamos que la bebiera pero al final tuvimos que echársela en la cara. Logró calmarse de a poco mientras le explicábamos que no, que no habían vuelto los milicos. Que podía continuar la clase —no quiero estar aquí, nunca quise estar aquí, decía el profesor, gritando. Entonces se hizo un silencio completo, solidario. Un silencio bello y reparador.

Me encontré con el profesor días después, en un recreo. Le pregunté cómo estaba, y él agradeció el gesto. Se nota que sabes lo que yo viví, me dijo, en señal de complicidad. Claro que lo sabía, todos lo sabíamos; había sido torturado

y su primo era detenido desaparecido. No creo en esta democracia, me dijo, Chile es y seguirá siendo un campo de batalla. Me preguntó si militaba, le dije que no. Me preguntó por mi familia, le dije que durante la dictadura mis padres se habían mantenido al margen. El profesor me miró con curiosidad o con desprecio —me miró con curiosidad pero sentí que en su mirada había también desprecio.

*

No escribí ni leí nada en Punta Arenas. Pasé la semana entera defendiéndome del clima y conversando con amigos nuevos. En el avión de vuelta me tocó viajar junto a dos señoras que me contaron en detalle sus vidas. Todo iba bien hasta que me preguntaron a qué me dedicaba. Nunca sé qué responder. Antes decía que era profesor, lo que generalmente me conducía a largos y confusos diálogos sobre la crisis de la educación en Chile. Por eso ahora digo que soy escritor, y cuando me preguntan qué clase de libros escribo, respondo, para evitarme una serie de explicaciones vacilantes, que escribo novelas de acción, lo que no es necesariamente mentira, pues en todas las novelas, incluso en las mías, pasan cosas.

En vez de preguntarme qué clase de libros escribo, sin embargo, la mujer que iba a mi lado quiso saber cuál era mi seudónimo. Le respondí que no tenía seudónimo. Que desde hacía años los escritores ya no usaban seudónimos. Me miró con escepticismo y a partir de entonces su interés en mí fue decayendo. Al despedirnos me dijo que no me preocupara, que tal vez pronto se me iba a ocurrir un buen seudónimo.

*

Hace un rato pasó a verme el poeta Rodrigo Olavarría. Nos conocemos poco pero nos une una especie de confianza previa y recíproca. Me gusta que dé consejos. Ahora que lo pienso, hubo un tiempo en que todo el mundo daba consejos. La vida consistía en dar y recibir consejos. Pero de pronto nadie quiso más consejos. Era tarde, nos habíamos enamorado del fracaso, y las heridas eran trofeos, igual que cuando niños, después de jugar entre los árboles. Pero Rodrigo da consejos. Y los escucha, los pide. Está enamorado del fracaso, pero también,

todavía, de esas formas antiguas y nobles de la amistad.

Pasamos la tarde escuchando a Bill Callahan y Emmy the Great. Fue divertido. Luego le conté el diálogo en el avión. Quedamos de juntarnos, una de estas tardes, a elegir seudónimos. Vas a ver que encontramos seudónimos excelentes, me dijo.

Rodrigo no recuerda exactamente cuándo vio La batalla de Chile por primera vez, pero conoce de memoria el documental, porque a mediados de los años ochenta, en Puerto Montt, sus padres comercializaban copias piratas para financiar actividades del Partido Comunista. A sus ocho o nueve años, Rodrigo era el encargado de cambiar las cintas y acumular las copias nuevas en una caja de cartón. Me pasaba toda la tarde, me dijo, haciendo las tareas y copiando a dos bandas, con cuatro VHS y dos televisores, el documental. Las únicas pausas eran para ver *Robotech* en Canal 13.

*

Muy resfriado, en cama desde hace días. Matizo la enfermedad con altas dosis de televisión. Las visitas de Eme me parecen siempre demasiado breves. Volví a pedirle que escuchara las primeras páginas de la novela y volvió a responderme que no. Su excusa fue pobre y realista: estás resfriado, me dijo. Hace un rato insistí y volvió a negarse. Es obvio que no quiere leerlas, tal vez porque prefiere no reanudar ese lado de nuestra relación.

En fin. Hace un rato vi *Buenos días*, la bellísima película de Ozu. Qué alegría más grande saber que existe esa película, que puedo verla muchas veces, que puedo verla siempre.

*

Por la mañana me di a la estúpida tarea de esconder mis cigarros por los rincones de la casa. Los encuentro, claro, pero fumo poco, fumo menos, hago esfuerzos por mejorarme de una vez. La enfermedad, sin embargo, dura demasiado, y cada tanto pienso que me he pegado la gripe porcina. Nada más me falta la fiebre, aunque acabo de leer en Internet que algunos enfermos no presentan fiebre entre los síntomas.

Anoche, la sala de urgencias de la Clínica Indisa estaba repleta de enfermos

reales e imaginarios, pero asombrosamente me atendieron de inmediato. Había una explicación. Un médico joven y canoso apareció y me dijo, señalando la placa en su delantal: somos familia. En verdad es probable que seamos parientes en algún grado. Compré tus libros, me dijo, pero no los he leído —se disculpó de una manera denigrante o simplemente cómica: no tengo tiempo para leer ni siquiera libros cortos como los que tú escribes, me dijo. Pero hace un año les hablé de ti a mis familiares en Careno. Le pregunté al doctor, para maravillarlo con mi ignorancia, dónde quedaba Careno.

Queda en Italia, al norte de Italia, me respondió, escandalizado. Luego bajó los ojos, como perdonándose. Me preguntó por el nombre de mi padre, de mi abuelo, de mi bisabuelo. Le contesté pasivamente pero enseguida me cansé de tanta pregunta y le dije que esa conversación no tenía sentido —definitivamente mi familia proviene de algún hijo huacho, le dije: somos hijos de algún patrón que no se hizo cargo. Le dije que en mi familia todos somos morenos —él es muy blanco y más bien feo, con esa blancura higiénica que en alguna gente me parece medio irreal. Resignado a no encontrar en mí señales de arraigo, el doctor me contó que todos los años viaja a Careno, donde hay muchísima gente con nuestro apellido, pues históricamente la familia fue bastante endogámica. Hay muchos matrimonios entre hermanos y entre primos, por lo que la genética no es muy buena, dijo.

Se rio o intentó reírse. Quise, no sé por qué, disculparme. Pero antes de que pudiera decirle la frase que vagamente intentaba formular, el doctor me preguntó por los síntomas. Ahora tenía prisa. Dedicó apenas dos minutos a mi dolencia, negando en redondo, como reprochándose por solo imaginarlo, que tuviera la gripe porcina. Ni siquiera me sermoneó por la cantidad de cigarros que fumo.

Volví a casa un poco humillado, con los antigripales de siempre, pensando en esas familias, en la lejana Careno, en cómo se vería mi rostro blanco, deslavado, o en el deseo distante, alguna vez, de estudiar medicina. Imagino a ese mismo doctor, mayor que yo, en la escuela de Medicina respondiendo con énfasis, con molestia: no, no somos parientes.

*

Los padres abandonan a los hijos. Los hijos abandonan a los padres. Los padres protegen o desprotegen pero siempre desprotegen. Los hijos se quedan o

se van pero siempre se van. Y todo es injusto, sobre todo el rumor de las frases, porque el lenguaje nos gusta y nos confunde, porque en el fondo quisiéramos cantar o por lo menos silbar una melodía, caminar por un lado del escenario silbando una melodía. Queremos ser actores que esperan con paciencia el momento de salir al escenario. Y el público hace rato que se fue.

*

Hoy inventé este chiste:

Cuando grande voy a ser un personaje secundario, le dice un niño a su padre.

Por qué.

Por qué qué.

Por qué quieres ser un personaje secundario.

Porque la novela es tuya.

*

Escribo en casa de mis padres. Hace tiempo que no venía. Prefiero verlos en el centro, a la hora de almuerzo. Pero esta vez quise seguir con mi papá el partido entre Chile y Paraguay, pensando también en refrescar algunos detalles del relato. Es el viaje de la novela, el viaje de vuelta que hace el protagonista, asustado, al final de esa tarde larga en que sigue a la supuesta novia de Raúl. Escribí ese pasaje pensando en un viaje real, más o menos a esa edad.

Una tarde, después de almorzar, me disponía a salir cuando mi padre me dijo que no, que debía quedarme en casa estudiando inglés. Le pregunté para qué, si tenía buenas notas en inglés. Porque no es prudente que salgas tanto —usó esa palabra, prudente, lo recuerdo con precisión. Y porque soy tu padre y debes hacerme caso, dijo.

Me pareció brutal, pero estudié o fingí que estudiaba. Por la noche, antes de dormir, todavía enojado, le dije a mi papá que me daba rabia ser niño y tener que pedir permiso para todo, que era mejor ser huérfano. Lo dije para molestarlo nada más, pero él me miró socarronamente y fue a hablar con mi mamá. Por los gestos que ella hacía mientras se acercaban entendí que no estaban de acuerdo en la medida que iban a anunciarme, pero que de todos modos tendría que cumplirla.

Antes de hablarme llamaron a mi hermana para que presenciara la escena. Mi papá se dirigió a ella primero. Le dijo que habían vivido equivocados. Que hasta entonces habían creído que ella era la hermana mayor, pero que acababan de descubrir que no. Por eso vamos a darle a tu hermano las llaves de la casa — podrás salir y entrar a la hora que quieras, desde hoy te mandas solo, me dijo, mirándome a los ojos. Nadie va a preguntarte dónde vas ni si tienes tarea ni nada.

Así fue. Durante unas semanas disfruté de esos privilegios. Me trataban como a un adulto, con apenas algunos dejos de ironía. Me fui desesperando. Le dije a mi mamá que un día me iría muy lejos y ella me respondió que entonces no olvidara llevar una maleta. No llevé una maleta, pero una tarde simplemente subí a una micro cualquiera, dispuesto a llegar al fin del recorrido, sin planes, muy angustiado.

No llegué al final del recorrido, pero sí bastante cerca del barrio donde ahora vivo. El viaje duró más de una hora y al volver me retaron muchísimo. Era lo que yo quería. Estaba feliz de recuperar a mis padres. Y también había descubierto un mundo nuevo. Un mundo que no me gustaba, pero era nuevo.

Ahora no existe ese recorrido. Viajé en metro y en bus y llegué a Maipú por Pajaritos. Siempre me sorprende la cantidad de restaurantes chinos que hay en la avenida. Desde hace años Maipú es una pequeña gran ciudad y las tiendas que visitaba cuando niño ahora son sucursales de bancos o cadenas de comida rápida.

Antes de llegar hice un rodeo para pasar por Lucila Godoy Alcayaga. La calle estaba cerrada con un vistoso portero eléctrico, al igual que el pasaje Neftalí Reyes Basoalto. No me animé a pedirle a la gente que circulaba que me dejara entrar. Quería ver la casa de Claudia, que en realidad fue, durante un tiempo, la casa de mi amiga Carla Andreu. Enfilé, entonces, hacia Aladino. La villa se ha llenado de mansardas, de segundos pisos que lucen aberrantes, de tejados ostentosos. Ya no es el sueño de igualdad. Al contrario. Hay muchas casas a maltraer y otras lujosas. Hay algunas que parecen deshabitadas.

También había cambios en la casa de mis padres. Me impresionó, sobre todo, ver en el living un mueble nuevo para libros. Reconocí la enciclopedia del automóvil, el curso de inglés de la BBC y los viejos libros de la revista *Ercilla* con sus colecciones de literatura chilena, española y universal. En la hilera del centro había también una serie de novelas de Isabel Allende, Hernán Rivera

Letelier, Marcela Serrano, John Grisham, Barbara Wood, Carla Guelfenbein y Pablo Simonetti, y más cerca del suelo algunos libros que leí cuando niño, para el colegio: *El anillo de los Löwensköld*, de Selma Lagerlöf, *Alsino*, de Pedro Prado, *Miguel Strogoff*, de Julio Verne, *El último grumete de la Baquedano*, de Francisco Coloane, *Fermina Márquez*, de Valéry Larbaud, en fin. Me gustaría haberlos conservado pero seguramente los olvidé en alguna caja que mis padres encontraron en el entretecho.

Me pareció inquietante ver esos libros ahí, ordenados a la rápida en un mueble rojo de melamina, flanqueado por afiches con escenas de caza o de amaneceres y una gastada reproducción de «Las Meninas» que ha estado en casa desde siempre y que todavía mi padre muestra a las visitas con orgullo: ese es el pintor, Velázquez, el pintor se pintó a sí mismo, dice.

Gracias a esta biblioteca tu madre se ha puesto a leer y yo también, aunque tú sabes que prefiero ver películas, dijo mi padre, y encendió la tele justo a tiempo para ver el partido. Celebramos los goles de Mati Fernández y Humberto Suazo con una jarra grande de pisco sour y un par de botellas de vino. Bebí muchísimo más que mi padre. Nunca lo he visto borracho, pensé, y no sé por qué se lo dije. Yo sí vi a mi papá muchas veces borracho, respondió él, de repente, con una expresión apenas contenida de tristeza.

Quédate, mañana viene tu hermana a almorzar, dijo mi mamá —no puedes manejar en ese estado, agregó, y le recordé lo que siempre olvida: que no tengo auto. Bah, dijo, verdad, con mayor razón no puedes manejar, rio. Me gusta su risa, sobre todo cuando sobreviene, cuando sucede imprevistamente. Es serena y dulce a la vez.

Me fui de casa hace quince años y sin embargo todavía siento una especie de extraño latido al entrar a esta pieza que era mía y ahora es una especie de bodega. Al fondo hay una repisa llena de DVD y los álbumes de fotos arrinconados junto a mis libros, los libros que he publicado. Me parece bello que estén aquí, junto a los recuerdos familiares.

*

Hace un rato, a las dos de la mañana, me levanté a preparar café y me sorprendió ver a mi mamá en el living, bebiendo mate con el ademán gracioso de

los novatos. Es lo que hago ahora cuando siento ganas de fumar, dijo, con una sonrisa. Fuma muy poco, cinco cigarros al día, pero desde que mi padre lo dejó ya no permite que ella fume adentro y hace demasiado frío como para abrir la ventana. Yo voy a fumar, le dije, fumemos. Mi papá no puede impedirle que fume, ya están muy viejos para eso, dije.

Él me prohíbe solamente el cigarro. Yo le prohíbo muchas cosas, las grasas saturadas, el exceso de azúcar. Es justo.

Al final la convencí y nos encerramos en una especie de pieza pequeña que construyeron para instalar una inmensa lavadora nueva. Fumó con el gesto de siempre, tan acentuadamente femenino: el cigarro hacia abajo, la mano mostrando la palma, muy cerca de la boca.

Qué voy a hacer, dijo de repente, si mañana tu papá se da cuenta de que fumamos.

Dígale que no fumamos. Que si hay olor es porque yo fumo mucho. Yo tengo olor a cigarro. Dígale eso. Y después desvíe la conversación, dígale que está preocupada porque piensa que yo estoy fumando mucho, que me voy a morir de cáncer.

Pero sería mentira, dijo —no sería mentira, respondí, porque tarde o temprano me voy a morir de cáncer.

Mi madre largó un suspiro hondo y movió la cabeza lentamente. Entonces me dijo algo que me pareció asombroso: nunca nadie en la vida me ha hecho reír tanto como tú. Eres la persona más divertida que he conocido, dijo. Pero también eres serio y eso me desconcertaba, me desconcierta. Te fuiste muy chico y yo a veces pienso cómo sería la vida si te hubieras quedado en casa. Hay hijos de tu edad que todavía viven con sus padres. Los veo pasar de repente y pienso en ti.

La vida habría sido peor, le dije. Y esos grandotes son unos mamones.

Sí. La verdad es que sí. Y tienes razón. La vida sería peor contigo aquí. Antes de que te fueras de la casa con tu papá peleábamos mucho. Pero desde que te fuiste no peleamos tanto. Ya casi no peleamos.

No esperaba ese súbito momento de honestidad. Me quedé pensando, abatido, pero ella enseguida me preguntó, como si viniera al caso: ¿te gusta Carla Guelfenbein?

No supe qué contestar. La encuentro bonita, saldría con ella, pero no me acostaría con ella, le dije. Tal vez le daría un beso, pero no me acostaría con ella, o me acostaría con ella pero no le daría besos. Mi mamá se fingió escandalizada. Se veía hermosa con ese gesto.

Yo te pregunto si te gusta cómo escribe.

No, mamá. No me gusta.

Pero a mí me gustó su novela. *El revés del corazón*.

El revés del alma, corregí.

Eso, *El revés del alma*. Me sentí identificada con los personajes, me emocionó.

¿Y cómo es posible que se identifique con personajes de otra clase social, con conflictos que no son, que no podrían ser los conflictos de su vida, mamá?

Hablaba en serio, demasiado en serio. Sabía que no correspondía hablar en serio, pero no podía evitarlo. Ella me miró con una mezcla de enojo y compasión. Con un poco de lata. Te equivocas, me dijo, al fin: tal vez esa no es mi clase social, de acuerdo, pero las clases sociales han cambiado mucho, todo el mundo lo dice, y al leer esa novela yo sentí que sí, que esos sí eran mis problemas. Entiendo que te moleste lo que te digo, pero deberías ser un poco más tolerante.

Me pareció extrañísimo que mi madre usara esa palabra, tolerante. Me dormí recordando la voz de mi madre diciéndome: deberías ser un poco más tolerante.

*

Después de almuerzo mi hermana insistió en traerme a casa. Sacó la licencia hace un año pero recién hace un mes aprendió realmente a conducir. No parecía nerviosa, sin embargo. El nervioso era yo. Preferí entregarme, cerrar los ojos y abrirlos solo cuando el auto carraspeaba demasiado con el paso de los cambios. En los momentos de silencio mi hermana aceleraba y cuando la conversación tomaba ritmo ella disminuía la velocidad al punto que los demás autos nos tapaban a bocinazos.

Lamento lo que pasó con tu matrimonio, me dice poco antes de salir de la carretera.

Eso fue hace tiempo, respondo.

Pero yo no te lo había dicho.

Hace poco volvimos —mi hermana me mira entre incrédula y feliz. Le explico que por ahora todo es frágil, tentativo, pero que me siento bien. Que queremos hacer las cosas mejor que antes. Que no viviremos juntos de nuevo, todavía. Ella me pregunta por qué no se lo conté a mis padres. Por eso mismo,

respondo, todavía es temprano para decirles.

Luego me pregunta si voy a escribir más libros. Me gusta la forma de la pregunta, pues cabe la posibilidad de responder simplemente que no, que ya es suficiente, y eso creo, a veces, al final de alguna mala noche: que de pronto voy a dejar de escribir, como si nada, que en algún momento recordaré como lejano el tiempo en que escribía libros, del mismo modo que otros recuerdan la temporada en que fueron taxistas o vendieron dólares en el Paseo Ahumada.

Pero le respondo que sí y ella me pide que le cuente de qué se trata el libro nuevo. No quiero responderle, ella se da cuenta y vuelve a preguntar. Le digo que de Maipú, del terremoto de 1985, de la infancia. Ella pide más detalles, se los doy. Llegamos a casa, la invito a pasar, ella no quiere pero tampoco quiere que me baje. Sé muy bien lo que va a preguntarme.

¿Salgo yo en tu libro?, dice al fin.

No.

¿Por qué?

Lo he pensado. Claro que lo he pensado. Lo he pensado mucho. Mi respuesta es honesta:

Para protegerte, le digo.

Ella me mira escéptica, dolida. Me mira con cara de niña.

Es mejor no ser personaje de nadie, digo. Es mejor no salir en ningún libro.

¿Y tú sales en el libro?

Sí. Más o menos. Pero el libro es mío. No podría no salir. Aunque me atribuyera otros rasgos y una vida muy distinta de la mía, igual estaría yo en el libro. Yo ya tomé la decisión de no protegerme.

¿Y salen nuestros padres?

Sí. Hay personajes parecidos a nuestros padres.

¿Y por qué no proteges, también, a nuestros padres?

Para esa pregunta no tengo ninguna respuesta. Supongo que les toca, simplemente, comparecer. Recibir menos de lo que dieron, asistir a un baile de máscaras sin entender muy bien por qué están ahí. Nada de esto soy capaz de decírselo a mi hermana.

No lo sé, es ficción, le digo. Tengo que irme, hermana. No la llamo por su nombre. Le digo hermana, le doy un beso en la mejilla y bajo del auto.

De vuelta sigo mucho rato pensando en mi hermana, mi hermana mayor.
Recuerdo ese poema de Enrique Lihn:

El hijo único sería el mayor de sus hermanos
Y en su orfandad algo tiene de eso
Que se entiende por la palabra mayor
Como si también ellos hubieran muerto
Sus imposibles hermanos menores.

Al escribir nos comportamos como hijos únicos. Como si hubiéramos estado solos siempre. A veces odio esta historia, este oficio del que ya no puedo salir. Del que ya no voy a salir.

*

Siempre pensé que no tenía verdaderos recuerdos de infancia. Que mi historia cabía en unas pocas líneas. En una página, tal vez. Y en letra grande. Ya no pienso eso.

El fin de semana en familia me ha estropeado el ánimo. Encuentro consuelo en una carta que Kawabata escribió a su amigo Yukio Mishima, en 1962: «Diga lo que diga su madre, usted tiene una escritura magnífica».

Hace un rato intenté escribir un poema pero solo conseguí estos pocos endecasílabos:

Yo iba a ser un recuerdo cuando grande
Pero ya estoy cansado de seguir

Buscando y rebuscando la belleza
De un árbol mutilado por el viento.

El único verso que me gusta es el primero:

Yo iba a ser un recuerdo cuando grande

III. La literatura de los hijos

Me fui de casa a fines de 1995, poco después de cumplir veinte años, pero desde la adolescencia deseaba abandonar esas veredas demasiado limpias, esos pasajes aburridos en que había crecido. Buscaba una vida plena y peligrosa o tal vez simplemente quería lo que algunos hijos quieren desde siempre: una vida sin padres.

Viví en pensiones o piezas pequeñas y trabajé en cualquier cosa mientras terminaba la universidad. Y cuando terminé la universidad seguí trabajando en cualquier cosa, porque estudié Literatura, que es lo que estudia la gente que termina trabajando en cualquier cosa.

Años después, sin embargo, ya cerca de los treinta, conseguí un puesto como profesor y logré en cierto modo establecerme. Ensayaba una vida plácida y digna: pasaba las tardes leyendo novelas o mirando la tele durante horas, fumando tabaco o marihuana, bebiendo cervezas o vino barato, escuchando música o escuchando nada, porque a veces permanecía largo rato en silencio, como si esperara algo, como si esperara a alguien.

Fue entonces cuando llegué, cuando regresé. No esperaba a nadie, no buscaba nada, pero una noche de verano, una noche cualquiera en que caminaba a pasos largos y seguros, vi la fachada azul, la reja verde y la pequeña plaza de pasto seco justo enfrente. Es aquí, pensé. Es aquí donde estuve. Lo dije en voz alta, entre maravillado y absorto, y recordé la escena con precisión: el viaje en micro, el cuello de la mujer, el almacén, el árbol, el angustioso viaje de vuelta, todo.

Pensé entonces en Claudia y también en Raúl y en Magali; imaginé o intenté imaginar sus vidas, sus destinos. Pero de pronto los recuerdos se apagaron. Por un segundo, sin saber por qué, pensé que todos estaban muertos. Por un segundo, sin saber por qué, me sentí inmensamente solo.

En los días siguientes volví al lugar de forma casi obsesiva. Premeditada o

inconscientemente dirigía mis pasos hacia la casa y sentado en el pasto miraba la fachada mientras caía la noche. Se encendían primero los faroles de la calle y más tarde, pasadas las diez, se iluminaba una ventana pequeña en el segundo piso. Durante días el único signo de vida en esa casa era la luz más bien leve que aparecía en el segundo piso.

Una tarde vi a una mujer que abría el portón y sacaba las bolsas de basura. Me pareció un rostro familiar y en principio pensé que era Claudia, aunque la imagen que conservaba era tan remota que a partir de ese recuerdo era posible proyectar muchos rostros. La mujer tenía los pómulos de una persona delgada, pero había engordado de manera tal vez irremediable. Su pelo rojo formaba una tela dura y resplandeciente, como si acabara de teñirse. Y a pesar de ese aspecto llamativo parecía molestarle el solo hecho de que alguien la mirara. Caminaba como fijando la vista en las juntas del cemento.

Esperé a verla nuevamente. Algunas tardes me llevaba una novela, pero prefería los libros de poemas, porque me permitían más pausas para espiar. Me daba pudor pero también me daba risa volver a ser un espía. Un espía que, de nuevo, no sabía bien lo que quería encontrar.

Una tarde me decidí a tocar el timbre. Al ver venir a la mujer pensé, con pánico, que no tenía un plan, que ni siquiera sabía cómo presentarme. A punta de balbuceos le dije que se me había perdido un gato. Ella me preguntó el nombre del gato, no supe qué contestar. Me preguntó cómo era. Le dije que blanco, negro y café.

Entonces es gata, dijo la mujer.

Es gato, respondí.

Si es de tres colores no puede ser gato. Los gatos de tres colores son hembras, dijo ella. Y agregó que de cualquier manera no había visto gatos perdidos en el barrio últimamente.

La mujer iba a irse cuando le dije, casi gritando: Claudia.

Quién eres tú, respondió.

Se lo dije. Le dije que nos habíamos conocido en Maipú. Que habíamos sido amigos.

Ella me miró largamente. Yo me dejé mirar. Es extrañísima esa sensación. La de esperar ser reconocido. Al final me dijo: ya sé quién eres. Yo no soy Claudia. Soy Ximena, la hermana de Claudia. Y tú eres el niño que me siguió esa tarde, Aladino. Así te decía Claudia, nos reíamos mucho cuando se acordaba de ti. Aladino.

No sabía qué decir. Precariamente entendía que sí, que Ximena era la mujer a la que había seguido hacía tantos años. La supuesta novia de Raúl. Pero Claudia nunca me dijo que tenía una hermana. Sentía el peso, la necesidad de encontrar alguna frase oportuna. Me gustaría ver a Claudia, dije, con poca voz.

Yo pensé que andabas buscando a un gato. A una gata.

Sí, respondí. Pero he pensado muchas veces, estos años, en ese tiempo en Maipú. Y me gustaría ver a Claudia.

En la mirada de Ximena había hostilidad. Se quedó callada. Le hablé,

improvisando nerviosamente, sobre el pasado, sobre el deseo de recuperar el pasado.

No sé para qué quieres ver a Claudia, dijo Ximena. No creo que llegues nunca a entender una historia como la nuestra. En ese tiempo la gente buscaba a personas, buscaba cuerpos de personas que habían desaparecido. Seguro que en esos años tú buscabas gatitos o perritos, igual que ahora.

No entendí su crueldad, me pareció excesiva, innecesaria. De todos modos Ximena apuntó mi teléfono. Cuando ella venga se lo doy, dijo.

¿Y cuándo crees que va a venir?

En cualquier momento, respondió. Mi padre está a punto de morir. Cuando muera, mi hermana viajará desde Yanquilandia a llorar sobre su cadáver y a pedir su parte de la herencia.

Me pareció ridículo, falsamente juvenil eso de llamar Yanquilandia a los Estados Unidos, y a la vez pensé en ese diálogo con Claudia, en el Templo de Maipú, sobre las banderas. Finalmente su destino estaba en ese país que cuando niña despreciaba, pensé, y pensé también que debía irme, pero no pude evitar una última pregunta de cortesía:

¿Cómo está don Raúl?, le pregunté.

No sé cómo está don Raúl. Debe estar bien. Pero mi padre se está muriendo. Chao, Aladino, dijo ella. No entiendes, nunca vas a entender nada, huevón.

Volví a caminar por el barrio varias veces, pero miraba la casa desde lejos, no me atrevía a acercarme. Pensaba con frecuencia en ese diálogo amargo con Ximena. Sus palabras de alguna forma me perseguían. Una noche soñé que me encontraba con ella en el supermercado. Yo trabajaba promoviendo una cerveza nueva. Ella pasaba con el carro lleno de comida para gatos. Me miraba de reojo. Me reconocía pero evitaba saludarme.

Pensaba también en Claudia, pero como se piensa en un fantasma, como se piensa en alguien que de alguna manera, de una forma irracional y sin embargo muy concreta, nos acompaña. No esperaba su llamado. Me costaba imaginar a su hermana dándole mi número, contándole de esa visita intempestiva, la extraña aparición de Aladino. Pero así fue: algunos meses después de esa conversación con Ximena, una mañana temprano, poco antes de las nueve, Claudia me llamó. Fue muy amable. Me parece entretenido que volvamos a vernos, me dijo.

Nos juntamos una tarde de noviembre, en el Starbucks de La Reina. Me gustaría recordar ahora, con absoluta precisión, cada una de sus palabras y anotarlas en este cuaderno sin mayores comentarios. Me gustaría imitar su voz, acercar una cámara a los gestos que hacía cuando se adentraba, sin miedo, en el pasado. Me gustaría que alguien más escribiera este libro. Que lo escribiera ella, por ejemplo. Que estuviera ahora mismo, en mi casa, escribiendo. Pero me toca escribirlo a mí y aquí estoy. Y aquí me voy a quedar.

No me costó reconocerte, dice Claudia —a mí tampoco, respondo, pero durante largos minutos me distraigo buscando el rostro que tengo en la memoria. No lo encuentro. Si la hubiera visto en la calle no la habría reconocido.

Nos acercamos a recoger el café. No suelo ir al Starbucks, me sorprende ver mi nombre garabateado en el vaso. Miro el vaso de ella, el nombre de ella. No está muerta, pienso de repente, con alegría: no está muerta.

El pelo de Claudia es ahora corto y la cara muy flaca. Sus pechos siguen siendo escasos y su voz parece la de una fumadora, aunque fuma solo en Chile —parece que en Estados Unidos ya no permiten fumar en ninguna parte, le digo, de pronto contento de que la conversación sea simplemente social, rutinaria.

No es eso. Es raro. En Vermont no me dan ganas de fumar, pero llego a Chile y fumo como loca, dice Claudia. Es como si Chile me resultara incomprensible o intolerable sin fumar.

Es como si Chile te resultara infumable, le digo, bromeando.

Sí, dice Claudia, sin reírse. Ríe después. Diez segundos después entiende la broma.

Al principio el diálogo sigue el rumbo tímido de una cita a ciegas, pero a veces Claudia acelera y empieza a hablar en frases largas. La trama de pronto se esclarece: Raúl era mi padre, dice, sin más preámbulos. Pero se llamaba Roberto. El hombre que murió hace tres semanas, mi padre, se llamaba Roberto.

La miro asombrado, pero no es un asombro en estado puro. Recibo la historia como si la esperara. Porque la espero, en cierto modo. Es la historia de mi generación.

Nací cinco días después del golpe, el 16 de septiembre de 1973, dice Claudia, en una especie de estallido. La sombra de un árbol cae caprichosamente sobre su boca, no veo el movimiento de sus labios. Eso me inquieta. Siento que me habla una foto. Recuerdo ese poema hermoso, «Los ojos de esta dama muerta me hablan». Pero mueve las manos y la vida regresa a su cuerpo. No está muerta, pienso de nuevo y de nuevo siento una alegría inmensa.

Magali y Roberto tuvieron a Ximena cuando él acababa de entrar a estudiar Derecho en la Universidad de Chile. Vivieron por separado hasta que ella quedó de nuevo embarazada y entonces, a comienzos de 1973, se casaron y decidieron vivir en La Reina mientras encontraban un lugar propio. Magali era mayor. Había estudiado Inglés en el Pedagógico y era partidaria de Allende, pero no participaba de un modo activo. Roberto era en cambio un militante disciplinado, aunque tampoco estaba en situaciones de riesgo.

Los primeros años de dictadura los pasaron aterrados y encerrados en esa casa de La Reina. Pero a finales de 1981 Roberto se reconectó: volvió a circular por algunos lugares que hasta entonces había evitado y rápidamente asumió responsabilidades, al comienzo muy menores, como informante. Cada mañana esperaba, en las escaleras de la Biblioteca Nacional, en un banco de la Plaza de Armas, e incluso algunas veces en el Zoológico, a sus contactos, y luego volvía a trabajar a una oficina pequeña en la calle Moneda.

Poco después Magali arrendó la casa en Maipú y se fue a vivir allí con las niñas. Era la mejor manera de protegerlas, lejos de todo, lejos del mundo. Roberto, en tanto, corría riesgos, pero cambiaba de apariencia constantemente. A comienzos de 1984 convenció a su cuñado Raúl para que se fuera y le dejara su identidad. Raúl salió de Chile por la cordillera, a Mendoza, sin un plan definido, pero con algo de dinero para comenzar una vida nueva.

Fue entonces cuando Roberto consiguió esa casa en el pasaje Aladino. De

nuevo Maipú aparecía como un lugar seguro, donde era posible no despertar sospechas. Vivía muy cerca de su mujer y de sus hijas y su nueva identidad le permitía verlas más seguido, pero primaba la cautela. Las niñas casi no veían a su padre y Claudia ni siquiera sabía que vivía cerca. Lo supo esa noche, la noche del terremoto.

Aprender a contar su historia como si no doliera. Eso ha sido, para Claudia, crecer: aprender a contar su historia con precisión, con crudeza. Pero es una trampa ponerlo así, como si el proceso concluyera alguna vez. Solamente ahora siento que puedo hacerlo, dice Claudia. Lo intenté mucho tiempo. Pero ahora he encontrado una especie de legitimidad. Un impulso. Ahora quiero que alguien, que cualquiera me pregunte, de la nada: quién eres.

Yo soy el que pregunta, pienso. El desconocido que pregunta. Esperaba un encuentro cargado de silencios, una serie de frases sueltas que luego, como hacía cuando niño, en soledad, tendría que juntar y descifrar. Pero no, al contrario: Claudia quiere hablar. Cuando venía en el avión, dice, miré las nubes un rato largo. Me pareció que hacían un dibujo débil y desconcertante pero a la vez reconocible. Pensé en los bocetos de un niño rayando una hoja o en los dibujos que hacía mi madre mientras hablaba por teléfono. No sé si ocurrió una vez o muchas veces, pero tengo esa imagen de mi mamá rayando papeles mientras hablaba por teléfono.

Miré después, dice Claudia, a las azafatas que alisaban sus faldas mientras conversaban y reían en el fondo del pasillo y al desconocido que dormitaba a mi lado con un libro de autoayuda abierto en el pecho. Y entonces pensé que mi madre había muerto hacía diez años, que mi padre acababa de morir, y en vez de honrar silenciosamente a esos muertos yo experimentaba la necesidad imperiosa de hablar. El deseo de decir: yo. El vago, el extraño placer, incluso, de responder: me llamo Claudia y tengo treinta y tres años.

Lo que más quería durante ese largo viaje hasta Santiago era que el desconocido que viajaba a su lado despertara y le preguntara: quién eres, cómo te llamas. Quería responderle con alegría leve y rápida, coquetamente, incluso: Me llamo Claudia y tengo treinta y tres años. Quería decirle, como en las novelas: Me llamo Claudia, tengo treinta y tres años y esta es mi historia. Y

empezar a contarla, por fin, como si no doliera.

Es ya de noche, seguimos sentados en la terraza del café. Estás cansado de escucharme, me dice de repente. Niego tajantemente con la cabeza. Pero después voy a escucharte yo a ti, me dice. Y te prometo que cuando me aburra de escucharte no vas a darte cuenta. Fingiré muy bien, me dice, sonriendo.

Claudia llegó cuando el velorio estaba a punto de empezar. Recibió las condolencias con algo de tedio: prefería los abrazos silenciosos, sin esas terribles frases de ocasión. Después del funeral desarmó sus maletas en la que alguna vez fue su pieza. Pensó que llegaba a su casa, al fin y al cabo; que el único espacio en que realmente se había sentido cómoda era esa habitación pequeña en la casa de La Reina, aunque esa estabilidad duró poco tiempo, apenas unos años, a fines de los ochenta, cuando su abuela, su madre y su padre estaban vivos.

Como si adivinara cruelmente esos pensamientos, como si llevara mucho tiempo esperando pronunciar estas frases, Ximena entró de repente y le dijo: esta no es más tu casa. Puedes quedarte algunas semanas, pero no te acostumbres demasiado. Yo cuidé a mi papá, por lo tanto la casa es mía, no voy a venderla, ni siquiera lo pienses. Y mucho mejor sería que te encontraras un hotel.

Claudia asintió creyendo que con los días su hermana recuperaría la calma, la sensatez. Se echó en la cama a leer una novela, quería olvidar ese diálogo agrio, quería dejarse llevar por la trama, pero era imposible, porque el libro hablaba de padres que abandonan a sus hijos o de hijos que abandonan a sus padres. Últimamente todos los libros hablan de eso, pensó.

Fue al living, Ximena miraba televisión, se sentó a su lado. Gregory House le decía algo a la doctora Cuddy, alguna brutalidad, y Claudia recuerda que rieron, al unísono. Entonces preparó té y le ofreció a Ximena una taza. Pensó que su hermana tenía la cara de alguien que había sufrido no un día o una semana sino toda la vida. Perdona, dijo Ximena al recibir el té: puedes quedarte el tiempo que quieras, pero no me pidas vender la casa. Es lo único que tengo, que tenemos.

Claudia estuvo a punto de decirle alguna frase oportuna y vacía: nos tenemos la una a la otra, vamos a superar esto juntas, algo así. Pero se contuvo. No habría sido verdad. Hacía mucho tiempo que les costaba convivir sin agredirse. Hablemos después sobre la casa, le dijo.

Caminamos sin rumbo, pero yo no lo sé, simplemente acompaño a Claudia pensando que vamos a alguna parte. Es ya muy tarde, el cine está cerrado, nos detenemos a mirar los carteles de las películas como si fuéramos una pareja en busca de diversión.

Es bueno vivir cerca de un cine, dice ella, y nos entusiasmos hablando sobre películas —descubrimos coincidencias que sin embargo, más temprano que tarde, nos devuelven a la vida, a la juventud, a la infancia. Porque ya no podemos, ya no sabemos hablar sobre una película o sobre un libro; ha llegado el tiempo en que no importan las películas ni las novelas sino el momento en que las vimos, las leímos: dónde estábamos, qué hacíamos, quiénes éramos entonces.

Mientras caminamos en silencio pienso en esos nombres: Roberto, Magali, Ximena, Claudia. Le pregunto por el nombre de la abuela. Mercedes, responde Claudia. Pienso que son nombres serios. Incluso Claudia me parece de pronto un nombre serio. Bello, simple y serio. Le pregunto en qué año murió su abuela. En 1995, un año antes que mi mamá, dice Claudia. Y habla también de otro muerto, alguien importante, alguien a quien nunca conoció: el primo de su padre, Nacho, el doctor. Nacho fue arrestado y nunca volvió. Roberto y Magali hablaban de él como si estuviera vivo, pero estaba muerto.

Le contaban, cuando niña, y después, muchos años después, seguían contándole la historia de la fiebre, que ni siquiera era una historia propiamente —era un momento, nada más, el último, aunque nadie sabía que sería el último: en 1974, cuando Claudia tenía once meses de vida, Nacho fue a verla porque la niña llevaba demasiadas horas enferma. La fiebre bajó de inmediato. Es un milagro, dijeron los adultos, riéndose, esa tarde. Y así quedó, como un milagro ligero, intrascendente: bajarle la fiebre a una niña, nada más, esa tarde cuando lo vieron con vida por última vez —y tampoco lo vieron muerto, porque su cuerpo nunca apareció.

En mi familia no hay muertos, le digo. Nadie ha muerto. Ni mis abuelos, ni mis padres, ni mis primos, nadie.

¿Nunca vas al cementerio?

No, nunca voy al cementerio, respondo en una frase completa —como si aprendiera a hablar en una lengua extranjera y me exigieran completar la frase.

Tengo que irme, prefiero volver temprano a casa de mi papá —un gesto en sus labios la desdice enseguida: ya no es la casa de su padre, ahora es de ella y de Ximena. La acompaño deseando que me invite a un café, pero ella se despide en la reja con una sonrisa limpia y un abrazo.

En el camino de vuelta recuerdo una escena en la facultad, una tarde en que fumábamos hierba y tomábamos un pegajoso vino con melón. Junto a un grupo de compañeros de curso habíamos pasado la tarde intercambiando relatos familiares donde la muerte aparecía con apremiante insistencia. De todos los presentes yo era el único que provenía de una familia sin muertos, y esa constatación me llenó de una extraña amargura: mis amigos habían crecido leyendo los libros que sus padres o sus hermanos muertos habían dejado en casa. Pero en mi familia no había muertos ni había libros.

Soy el hijo de una familia sin muertos, pensé mientras mis compañeros contaban sus historias de infancia. Entonces recordé intensamente a Claudia, pero no quería o no me atrevía a contar su historia. No era mía. Sabía poco, pero al menos sabía eso: que nadie habla por los demás. Que aunque queramos contar historias ajenas terminamos siempre contando la historia propia.

Quiero dejar pasar unos días antes de llamarla y proponerle que volvamos a vernos. Pero estoy impaciente y la llamo de inmediato. No parece sorprendida. Quedamos de juntarnos a la mañana siguiente, en el Parque Intercomunal. Llego temprano pero la veo a lo lejos, sentada en un banco, leyendo. Se ve hermosa. Lleva una falda de mezclilla y una vieja polera negra que dice en letras grandes y azules: Love sucks.

Unos escolares que hacen la cimarra se acercan a pedirnos fuego. A esa edad yo no fumaba, me dice Claudia. Yo sí, le respondo. Le cuento que empecé a fumar a los doce años. A veces caminaba con mi padre y él encendía un cigarro y yo le decía que lo apagara, que le hacía mal, que se iba a morir de cáncer. Lo hacía para despistarlo, para que no sospechara que yo también fumaba, y él me miraba disculpándose y me explicaba que fumar era un vicio, y que los vicios demostraban la debilidad de los seres humanos. Me acuerdo de eso, me gustaba que de pronto se confesara débil, vulnerable.

En cambio yo vi fumar a mi padre solamente una vez, me dice Claudia mientras nos perdemos por el parque. Un día llegué más temprano del colegio y él estaba en el living conversando con mi madre. Me alegré mucho de verlo. Vivía esperando verlo. Mi papá me abrazó y tal vez el abrazo fue largo pero yo sentí que me soltaba pronto, como si ese contacto fuera también ilícito. Entonces me di cuenta de que tenía un cigarro prendido en la mano derecha. Eso me desconcertó. Me pareció que de verdad era otra persona. Que no fumaba Roberto, fumaba Raúl.

También fumó la noche del terremoto, con mi padre, le recuerdo. Creo que mi papá le ofreció al tuyo un cigarro y fumaron juntos, conversando.

¿En serio?, pregunta Claudia, incrédula, mientras se arregla el pelo. No me acuerdo de eso. Pero me acuerdo de ti, dice.

¿De verdad andabas buscando a alguien para que espicara a tu padre?

No, dice ella. Yo no sabía que mi papá vivía allí. La situación fue muy equívoca. La noche del terremoto estaba sola con mi mamá, porque Ximena se había ido donde la abuela. Entonces Ximena pasaba mucho tiempo con la abuela, prácticamente vivía con ella. Se cayó una pandereta y se quebró el ventanal, no podíamos dormir ahí, recuerdo que nos desesperamos, salimos a caminar y yo no sabía que buscábamos a mi papá y que él también nos buscaba. No sé si tomamos caminos distintos o pasamos de largo. Cuando por fin lo vimos en una esquina no podía creerlo. Yo llevaba una linterna pequeña, de juguete, que me habían regalado hacía años. Recuerdo que le alumbré la cara y vi sus ojos un poco húmedos. Nos abrazó y nos llevó a la fogata. Antes del amanecer partimos los tres a la casa de La Reina, en su auto.

El Fiat 500, le digo.

El Fiat 500, sí, responde.

A Claudia le impresionó mucho descubrir que su padre vivía cerca. Estaba harta de los secretos, y a la vez intuía peligros numerosos, peligros enormes e imprecisos. Le gustó verme ahí, con los adultos, en torno a la fogata — guardabas silencio, observabas. Yo también era así, silenciosa. Empecé a seguirte sin un propósito claro y de a poco fui construyendo un plan.

Claudia tampoco sabía con precisión lo que espiaba, lo que quería saber. Pero cuando se enteró, a través de mí, de que Roberto escondía a gente en la casa, no se sorprendió.

¿Y creiste que tu padre tenía una amante?

No sabía qué creer. Cuando conversamos perdí el control, la verdad es que sabía muy poco sobre mi padre. Luego pensé que era Ximena. No calculé que ibas a seguirla de ese modo, pero me dio rabia saber que ella veía a mi papá más que yo. Que había un vínculo nuevo y distinto entre ellos. Ella y mi papá, decíamos después, medio en broma, eran los revolucionarios. Mi mamá y yo, en cambio, éramos las reaccionarias. Podíamos bromear con eso, pero igual me dolía y supongo que incluso ahora me duele.

Cuando Ximena vio que un niño, que yo la seguía, no tuvo dudas de que su hermana me mandaba. Claudia se vio obligada a confesar que era ella quien me había pedido que espiara a su padre. La retaron primero enfática y luego amorosamente. Empezó una discusión en la que se culpaban unos a otros. Yo no quería ser la responsable de esos gritos, pero lo era, dice Claudia, y entonces hace una pausa larga y sin embargo vacilante. Durante diez minutos parece que está a punto de hablar y no se decide. Dice, finalmente: tengo muchísimas ganas

de tomar helado de chocolate.

Llevamos una semana sin vernos pero la llamo a diario y tengo la impresión de que Claudia espera esas llamadas. Una noche, muy tarde, es ella quien llama. Estoy afuera, dice. Ximena me echó. Dice que la casa es suya. Que yo soy una extranjera y una puta.

Claudia llora con los gestos exactos de alguien que se esfuerza por evitar el llanto. La abrazo, le ofrezco un té y escuchamos música mientras pienso en los motivos que pudo tener Ximena para llamarla puta. Estoy a punto de preguntárselo pero prefiero callar. Le digo que puede quedarse conmigo, que solo hay una cama pero yo puedo dormir en el sillón. Será por una noche, me responde. Pero quiero que durmamos juntos. Así mi hermana tendrá razón, seré una puta.

Los ojos de Claudia se iluminan: recupera la risa, la belleza. Le ofrezco unos trozos de queso y abro una botella de vino. Hablamos y bebemos por horas. Me gusta cómo se mueve por la casa. Ocupa el espacio como reconociéndolo. Cambia frecuentemente de silla, se pone de pie, de pronto se sienta en el suelo y se queda un rato con las manos en los tobillos.

Le digo que me parece increíble que Ximena la haya echado.

No me echó, la verdad, me responde. Discutimos muy fuerte, pero podría haberme quedado en casa. Preferí irme, porque me cuesta mucho convivir con ella.

Le pregunto si Ximena siempre fue así. Me dice que no. Que la enfermedad de su padre la transformó. Que los últimos años lo abandonó todo para cuidarlo. Ahora que mi padre no está ella no sabe qué hacer, no sabe cómo vivir. Pero supongo que es más complejo que eso, dice Claudia, y mira la lámpara del living fijamente, como si siguiera el movimiento de una polilla.

Le pregunto por qué se fue a Estados Unidos. No lo sé, responde. Quería irme, quería salir. Mi padre también quería que me fuera, ya estaba enfermo

entonces, pero prefería que me fuera, dice Claudia, retomando el tono de una confesión. Me apoyaba, sobre todo, ante los ataques de Ximena. Pero Ximena también quería que me fuera. De alguna manera fantaseaba con este final: ella cuidando a mi padre hasta el último momento y yo regresando de prisa, llena de culpa, para su funeral.

No sé en qué momento, hace años, agrega Claudia, Ximena construyó esa versión en la que yo era la hermana mala que quería quitarle todo. Y tal vez es ya muy tarde para hacer las paces. Porque algo de razón tiene Ximena. Se quedó porque quiso quedarse. Pero se quedó, dice Claudia. De alguna forma mi papá tuvo que elegir a cuál de sus hijas joderle la vida. Y la eligió a ella. Y yo me salvé.

Le pregunto si en verdad está llena de culpa.

No siento culpa, responde. Pero siento esa falta de culpa como si fuera culpa. ¿Vas a volver a Estados Unidos?

Hace dos semanas, la tarde en que volvimos a vernos, Claudia me contó que había terminado un Master en Derecho Ambiental en Vermont, que prefería buscar trabajo allí, que vivía desde hacía tiempo con un novio argentino. Pero ahora tarda en responder.

A veces lo dudo, dice, al final. A veces pienso que debo regresar definitivamente a Chile, dice. Pienso que no sabe bien por qué lo dice. No le creo. Creo que Claudia no considera en serio la posibilidad de quedarse. Pienso que Claudia busca algo, simplemente, y apenas lo encuentre regresará a Estados Unidos.

Luce al mismo tiempo cansada y aliviada. Y está medio borracha. Mientras tiramos sonríe mostrando un poco los dientes. Es un gesto hermoso y raro. Pienso que voy a recordar ese gesto. Que voy a extrañarlo.

Dormimos poco, dos o tres horas. Empieza el ruido de autos, de voces. La gente parte al trabajo, al colegio. Preparamos jugo de naranjas y mientras desayunamos mira su correo en mi computador. Encuentra un mensaje de Ximena. No voy a vender la casa, no incistas, dice, y Claudia no puede creerlo: dice incistas, con c, realmente. Por una milésima de segundo piensa que es terrible que Ximena cometa esa clase de errores y enseguida se avergüenza, porque es todavía peor que, en esas circunstancias, le importe algo tan estúpido como una falta de ortografía.

La casa no está en venta, sigue Ximena. Es mi casa ahora. Ahora más que nunca, dice.

No voy a insistir, piensa Claudia: no tiene sentido insistir. En el fondo entiende que Ximena se aferre a la casa. Cree que es mejor venderla y repartirse el dinero, cree que a nadie le hace bien tanta proximidad con el pasado. Que el pasado nunca deja de doler, pero podemos ayudarlo a encontrar un lugar distinto.

Pero tal vez es demasiado temprano para hablar de dolor, me dice, mientras miro el rastro de vino en sus labios. De pronto me parece muy joven: veinticinco, veintiséis años, nunca más de treinta.

Voy a la universidad, dicto una clase no muy buena, regreso. Había imaginado la escena, pero de todos modos me sorprende abrir la puerta y ver a Claudia tendida en el sillón. Tu belleza me hace bien, le digo, sin pensarlo demasiado. Me mira con cautela y luego lanza una risotada, pero se acerca, me abraza y terminamos tirando de pie, en un rincón de la cocina.

Luego hacemos tallarines y armamos una salsa con un poco de crema y cebollines. La salsa queda un poco seca y en verdad ninguno de los dos tiene hambre.

A veces, al mirar la comida en el plato, me dice Claudia, recuerdo esa expresión, esa respuesta que mi madre y mi abuela me daban todo el tiempo: come y calla. Habían cocinado algo nuevo, un guiso desconocido que no tenía buen aspecto y Claudia quería saber qué era. Su madre y su abuela respondían a coro: come y calla.

Era una broma, claro, una broma sabia, incluso. Pero eso sentía Claudia cuando niña: que sucedían cosas raras, que convivían con el dolor, que guardaban difícilmente una tristeza larga e imprecisa, y sin embargo era mejor no hacer preguntas, porque preguntar era arriesgarse a que también le respondieran eso: come y calla.

Luego vino el tiempo de las preguntas. La década de los noventa fue el tiempo de las preguntas, piensa Claudia, y enseguida dice perdona, no quiero sonar como esos sociólogos medio charlatanes que a veces salen en la televisión, pero así fueron esos años: me sentaba durante horas a hablar con mis padres, les preguntaba detalles, los obligaba a recordar, y repetía luego esos recuerdos como si fueran propios; de una forma terrible y secreta, buscaba su lugar en esa historia.

No preguntábamos para saber, me dice Claudia mientras juntamos los platos y recogemos la mesa: preguntábamos para llenar un vacío.

A veces Ximena me recuerda a mi madre, dice Claudia mientras tomamos té. No es un parecido físico, realmente. Es la voz, el timbre de la voz, dice.

Piensa en esos momentos en que a su madre no le quedaba más remedio que hablar. Buscaba a las niñas, se demoraba en las palabras, como sintonizando de a poco un tono dulce y calmo, un tono cuidado, artificial. Entonces, como en una ceremonia, hablaba claro. Modulaba. Miraba a los ojos.

Una tarde de 1984 les habló por separado. Llamó primero a Ximena a la cocina y cerró la puerta. Era extraño que la conversación tuviera lugar en la cocina. Se lo preguntó poco antes de que muriera. Por qué esa tarde quisiste hablarnos en la cocina. No lo sé, dijo su madre. Tal vez porque estaba nerviosa.

La conversación con Ximena duró poco. Salió rápidamente, corrió al patio, Claudia no pudo verle la cara. A la luz de las circunstancias, los cinco años de diferencia entre las hermanas se volvían una distancia insalvable. Era conflictiva e irascible, pero al final siempre estaba del lado de los adultos, mientras que Claudia lo entendía todo a medias.

Enseguida fue mi turno, dice Claudia, y hace una pausa que parece dramática. Pienso que está a punto de quebrarse, pero no, necesita esa pausa, nada más. No recuerdo bien sus palabras, sigue. Supongo que me dijo la verdad o algo parecido a la verdad. Entendí que había gente buena y gente mala. Que nosotros éramos gente buena. Que la gente buena a veces era perseguida por pensar distinto. Por sus ideas. No sé si entonces yo sabía lo que era una idea, pero de alguna manera esa tarde lo supe.

Su madre le habló con un énfasis suave, generoso: por un tiempo no puedes decirle papá a tu papá. Él va a cortarse el pelo como tu tío Raúl, va a quitarse la barba para parecerse un poco más a tu tío Raúl. Claudia no entendía, pero sabía que debía entender. Sabía que todos los demás, incluso su hermana, entendían más que ella. Y le dolía tener que aceptar. Le preguntó a su madre cuánto tiempo

debía estar sin decirle papá a su papá. No lo sé. Tal vez poco tiempo. Tal vez mucho. Pero yo te prometo que vas a poder decirle papá de nuevo.

¿Me lo juras?, dijo Claudia, inesperadamente. En las familias católicas se jura, nosotros solo prometemos, dijo su madre. Pero te lo prometo. Yo quiero que me lo jures, dijo la niña. Está bien, te lo juro, concedió su madre. Y agregó que ella siempre sabría que ese hombre al que llamaba tío era su padre. Que bastaba con eso. Que eso era lo importante.

A comienzos de 1988 el padre de Claudia recuperó su identidad. Fue una decisión del partido. Con el plebiscito en la retina, necesitaban militantes comprometidos públicamente en tareas prácticas. Magali fue con sus dos hijas al aeropuerto. La situación era absurda. Hacía una semana Roberto había salido a Buenos Aires con la identidad de Raúl y regresaba ahora convertido en Roberto. Se había recortado un poco el pelo y las patillas y vestía sobriamente, con blue jeans y una camisa blanca. Sonreía mucho y en algún minuto Claudia pensó que parecía un hombre nuevo.

No era necesario que fingieran tanto pero su madre insistía: del mismo modo que antes la miraba con reprobación cuando le decía papá, ahora la instaba, de forma casi ridícula, a que le dijera papá. En el avión venía gente que de verdad había estado exiliada. Claudia recuerda haber sentido una cierta amargura al verlos abrazar a sus familias, llorar en esos abrazos largos, legítimos. Por un momento pensó, pero se arrepintió enseguida de ese pensamiento, que los demás también fingían. Que lo que recuperaban no era a las personas sino los nombres. Deshacían, por fin, esa distancia entre los cuerpos y los nombres. Pero no. Había alrededor emociones verdaderas. Y de vuelta a casa pensó que su emoción era también verdadera.

Es una historia terrible, le digo, y me mira sorprendida. No, responde, y dice mi nombre varias veces, como si yo llevara mucho tiempo durmiendo y ella quisiera despertarme de a poco: mi historia no es terrible. Eso es lo que Ximena no entiende: que nuestra historia no es terrible. Que hubo dolor, que nunca olvidaremos ese dolor, pero tampoco podemos olvidar el dolor de los demás. Porque estábamos protegidas, finalmente; porque hubo otros que sufrieron más, que sufren más.

Caminamos por Avenida Grecia, pasamos por la Facultad de Filosofía y entonces recuerdo alguna historia o cientos de historias sobre ese tiempo, pero

me siento un poco tonto, me parece que todo lo que puedo contar es intrascendente. Llegamos al Estadio Nacional. El mayor centro de detención en 1973 siempre fue, para mí, nada más que una cancha de fútbol. Mis primeros recuerdos son meramente deportivos y alegres. Seguro que también, en las graderías de ese estadio, tomé mis primeros helados.

El primer recuerdo de Claudia es también alegre. En 1977 se anunció que Chespirito, el comediante mexicano, vendría con todo el elenco de su programa para dar un espectáculo en el Estadio Nacional. Claudia tenía entonces cuatro años, veía el programa y le gustaba mucho.

Sus padres se negaron, en principio, a llevarla, pero al final cedieron. Fueron los cuatro y Claudia y Ximena lo pasaron muy bien. Muchos años más tarde Claudia supo que ese día había sido, para sus padres, un suplicio. Que cada minuto habían pensado en lo absurdo que era ver el estadio lleno de gente riendo. Que durante todo el espectáculo ellos habían pensado solamente, obsesivamente, en los muertos.

De vez en cuando Claudia me propone buscar un hotel o recurrir a alguna amiga, pero yo insisto en retenerla. No puedo ofrecerle demasiado, pero a toda costa deseo que este tiempo continúe. Hay días menos buenos, confusos, pero suele darse una cierta agradable rutina. Por la mañana voy a la universidad mientras que Claudia sale a caminar o se queda en casa pensando, sobre todo, en el futuro. Por la tarde tiramos o vemos películas y la noche nos sorprende conversando y riendo.

Pienso que a veces ella siente el deseo de quedarse, de que la vida consista en esto, nada más. Es lo que yo quiero. Quiero hacerla desear una vida acá. Quiero enredarla de nuevo en el mundo del que ella ha huido. Quiero hacerla creer que ha huido, que ha forzado su historia para perderse en las convenciones de una vida cómoda y presuntamente feliz. Quiero hacerla odiar ese futuro plácido en Vermont. Me comporto, en resumen, como un imbécil.

Es mejor entender este tiempo como se entiende un anuncio breve en la cartelera del cable: después de veinte años, dos amigos de infancia se reencuentran por azar y se enamoran. Pero no somos amigos. Y no hay amor, en realidad. Dormimos juntos, tiramos maravillosamente bien y nunca voy a olvidar su cuerpo moreno, cálido y firme. Pero no es amor lo que nos une. O es amor, pero amor al recuerdo.

Nos une el deseo de recuperar las escenas de los personajes secundarios. Escenas razonablemente descartadas, innecesarias, que sin embargo coleccionamos incesantemente.

Claudia insiste en que vayamos a Maipú. Dice que quiere conocer a mis padres. Que quiere caminar por estas calles de nuevo. No creo que sea una buena idea, pero acepto, finalmente.

En la plaza reconoce algunos monumentos, algunos árboles, la larga escalinata que conduce a la piscina pública, pero no mucho más. Donde antes estaba el supermercado ahora hay un edificio municipal o algo así.

Enfilamos ahora hacia la villa donde ella vivía. Han cerrado los pasajes con un vistoso portero eléctrico. Lucila Godoy Alcayaga y Neftalí Reyes Basoalto parecen ahora pasajes más exclusivos o al menos lo suficiente como para compartir la paranoia sobre la delincuencia. Se ven muchos autos estacionados al interior.

Logramos colarnos después de unos niños que vienen en bicicleta. Claudia mira la casa en silencio un instante, pero luego toca el timbre. Estamos buscando a un gato, le dice a un hombre que sale con la camisa fuera del pantalón, como si hubiera estado desvistiéndose. Claudia le explica que es un gato blanco con negro. El hombre la mira con curiosidad, seguramente la encuentra deseable. No he visto a un gato en blanco y negro, yo veo en colores, dice, y pienso que hace muchos años que no escuchaba un chiste tan fome. De todos modos reímos, nerviosos.

La casa es ahora de un extraño color damasco y en vez de persianas hay unas cortinas floreadas horribles. Pero nunca fue una casa linda; ni siquiera fue una verdadera casa, dice Claudia, con tranquila tristeza.

Decidimos irnos, pero no podemos salir. El portón eléctrico está cerrado, llamamos por el citófono pero el hombre no contesta. Por un rato nos quedamos ahí, como melancólicos presos acariciando los barrotes. Mientras tanto llamo a mis padres. Me esperan. Nos esperan.

Me sorprende ver en el living un mueble para libros. Está repleto. Gracias a esta biblioteca tu madre se ha puesto a leer y yo también, aunque tú sabes que prefiero ver películas, dice mi padre. No mira a Claudia, pero es sumamente cortés, cuidadoso.

La tarde se va en una conversación lenta que por momentos, al compás del pisco sour, tiende a cobrar forma. Queremos irnos, pero mi mamá empieza a preparar una cena con trozos de carne, papas duquesa y una alternativa vegetariana. No soy vegetariana, dice Claudia cuando mi madre se lo pregunta. Qué raro, a mi hijo siempre le han gustado las vegetarianas, dice mamá. Me ofusco pero lo dejo pasar, porque Claudia ríe con naturalidad, con calidez.

A pesar de esta broma, mis padres evitan preguntar detalles de la relación. Les dije por teléfono simplemente que iría acompañado. Supongo que les pareció curioso o agradable que quisiera presentarles a una novia. Me molesta que la situación pueda verse así: el hijo presentando a una novia. No es eso, no vinimos a eso. Tampoco sé a qué vinimos, pero no vinimos a eso.

Hablamos de una serie de robos recientes en la villa. Se rumorea que el ladrón vive en el barrio. Que es uno de los niños que aquí crecieron. Uno que no prosperó. Uno que siempre fue medio ladrón. Yo nunca he robado, dice mi padre, de pronto. Ni siquiera cuando niño. Eramos muy pobres, yo vendía verduras en la feria —mira a Claudia, consciente de que ha contado mil veces la historia de su niñez. Dice que ni siquiera en el máximo estado de desesperación robaría. Que tenía entonces amigos que robaban —eran mis amigos, yo los quería, pero espero que hayan terminado en la cárcel, dice. De otro modo no funciona la sociedad.

En qué momento, pienso, mi padre cambió tanto. Al pensarlo lo dudo: no sé si realmente ha cambiado o si siempre fue así. Yo he robado, he robado mucho, digo, para contrariarlo. Al comienzo mi papá ríe. Claro, me sacabas plata de la

billetera, pero eso no es robar.

Eso es robar, respondo serio, sentencioso. Robar al padre también es robar. Y además he robado libros. Una semana llegué a robar dieciocho libros —digo dieciocho para que suene excesivo y a la vez verosímil, pero fueron solo tres y me sentí tan culpable que nunca más volví a entrar a esa librería. Pero mantengo lo dicho, no me retracto, y mi padre me mira con severidad. Me mira como un padre miraría a un hijo ladrón —un hijo ya perdido, en la cárcel, el día de visitas.

Mi mamá intenta distender el ambiente. Quién no ha robado alguna vez, dice, y desliza alguna anécdota de infancia, mirando a Claudia. Le pregunta si ha robado. Ella responde que no, pero que si estuviera desesperada tal vez lo haría.

Claudia dice que le duele la cabeza. Le pido que se recueste. Vamos a la pieza que era mía cuando niño. Armo el sofá cama, abrazo a Claudia, ella se tiende y cierra los ojos, sus párpados tiemblan levemente. La beso, le prometo que en cuanto se sienta mejor nos iremos. No quiero que nos vayamos, me dice, inesperadamente. Quiero que nos quedemos aquí, me parece necesario que durmamos esta noche aquí, no me preguntes por qué, dice. Descubro entonces que no está enferma. Me siento confundido.

Me acerco al mueble pequeño donde están los viejos álbumes de fotografías familiares. Para eso sirven estos álbumes, pienso: para hacernos creer que fuimos felices cuando niños. Para demostrarnos que no queremos aceptar lo felices que fuimos. Paso las páginas lentamente. Le muestro a Claudia una foto muy antigua en que mi padre baja de un avión, con el pelo más bien largo y unos lentes muy gruesos nublándole los ojos.

Vuelve a la cena, me dice, me pide Claudia: quiero estar sola unas horas. No dice un rato o un poco. Dice que quiere estar sola unas horas.

Mi madre recalienta la comida en el microondas mientras mi padre sintoniza la radio en busca de una estación de música clásica —nunca le ha gustado y sin embargo piensa que es la música adecuada para cenar. Se queda ahí, moviendo el dial, está molesto, no quiere mirarme. Siéntese, papá, estamos conversando, le digo con repentina autoridad.

Mientras cenamos les pregunto a mis padres si recuerdan la noche del terremoto de 1985, si recuerdan al vecino Raúl. Mi madre confunde a los vecinos, a las familias, mientras que mi padre recuerda a Raúl con precisión. Entiendo que era democratacristiano, dice, aunque también se rumoreaba que era algo más que eso.

¿Cómo así?

No sé, parece que era socialista, o comunista, incluso.

¿Comunista como mi abuelo?

Mi papá no era comunista. Mi papá era un obrero, nada más. Raúl debe haber sido más peligroso. Pero no, no lo sé. Se veía pacífico. De cualquier manera, si Piñera gana las elecciones se le va a acabar la fiesta. Debe ser alguno de esos que se dieron la gran vida con estos gobiernos corruptos y desordenados.

Lo dice para provocarme. Yo lo dejo hablar. Lo dejo decir unas cuantas frases rudimentarias y agrias. Nos han metido la mano al bolsillo todos estos años, dice. Los de la Concertación son una manga de ladrones, dice. No le vendría mal a este país un poco de orden, dice. Y finalmente viene la frase temida y esperada, el límite que no puedo, que no voy a tolerar: Pinochet fue un dictador y todo eso, mató a alguna gente, pero al menos en ese tiempo había orden.

Lo miro a los ojos. En qué momento, pienso, en qué momento mi padre se convirtió en esto. ¿O siempre fue así? ¿Siempre fue así? Lo pienso con fuerza,

con un dramatismo severo y doloroso: ¿siempre fue así?

Mi mamá no está de acuerdo con lo que ha dicho mi padre. En realidad está más o menos de acuerdo, pero quiere hacer algo para evitar que la velada se arruine. Este mundo es mucho mejor, dice. Las cosas están bien. Y la Michelle lo hace lo mejor que puede.

No puedo evitar preguntarle a mi padre si en esos años era o no pinochetista. Se lo he preguntado cientos de veces, desde la adolescencia, es casi una pregunta retórica, pero él nunca lo ha admitido —por qué no admitirlo, pienso, por qué negarlo tantos años, por qué negarlo todavía.

Mi padre guarda un silencio hosco y profundo. Finalmente dice que no, que no era pinochetista, que aprendió desde niño que nadie iba a salvarlos.

¿A salvarnos de qué?

A salvarnos. A darnos de comer.

Pero usted tenía qué comer. Nosotros teníamos qué comer.

No se trata de eso, dice.

La conversación se vuelve insostenible. Me levanto para ir donde Claudia. La miro intensamente, pero sigue pasando las páginas como si no advirtiera mi presencia. Ha revisado ya la mitad de los álbumes. Su mirada absorbe, devora las imágenes. A veces sonrío, a veces su rostro se vuelve tan serio que me invade la tristeza. No, no siento tristeza: siento miedo.

Vuelvo a la cena, el helado de vainilla se derrite en mi plato. Les cuento en voz baja pero muy rápido, tan rápido que los detalles se vuelven ininteligibles, que Claudia era hija de Raúl pero que durante años tuvo que fingir que era su sobrina. Que Raúl se llamaba, en realidad, Roberto. No sé qué espero al hablarles. Porque algo espero, algo busco.

Es una historia enredada pero muy buena, dice mi papá, después de un silencio no tan largo.

¿Me está hueviando? ¿Una buena historia? Es una historia dolorosa.

Es una historia dolorosa, pero ya pasó. Claudia está viva. Sus padres están vivos.

Sus padres están muertos, digo.

¿Los mató la dictadura?

No.

¿Y de qué murieron?

Su madre murió de un derrame cerebral y su padre de cáncer.

Pobrecita Claudia, dice mi mamá.

Pero no murieron por razones políticas, dice mi padre.

Pero están muertos.

Pero tú estás vivo, dice él. Y te apuesto que vas a contar esa historia tan buena en un libro.

No voy a escribir un libro sobre ellos. Voy a escribir un libro sobre ustedes, les digo, con una sonrisa extraña dibujada en la boca. No puedo creer lo que acaba de ocurrir. Me molesta ser el hijo que vuelve a recriminar, una y otra vez, a sus padres. Pero no puedo evitarlo.

Miro a mi padre de frente y él esquiva la cara. Entonces veo en su perfil el brillo de un lente de contacto y el ojo derecho levemente irritado. Recuerdo la escena, repetida innumerables veces durante la infancia: mi padre en cuclillas buscando desesperado un lente de contacto que acababa de caérsele. Todos lo ayudábamos a buscar, pero él quería encontrarlo por sí mismo y le costaba enormemente.

Tal como Claudia quería, alojamos en casa de mis padres. A las dos de la mañana me levanto a preparar café. Mi mamá está en el living, bebiendo mate. Me ofrece, acepto. Pienso que nunca en la vida he tomado mate con ella. No me gusta el sabor a endulzante pero sorbo fuerte, me quemo un poco.

A mí me daba miedo, dice mi madre.

¿Quién?

Ricardo. Rodolfo.

Roberto.

Ese, Roberto. Yo intuía que estaba metido en política.

Todos estaban metidos en política, mamá. Usted también. Ustedes. Al no participar apoyaban a la dictadura —siento que en mi lenguaje hay ecos, hay vacíos. Me siento como hablando según un manual de comportamiento.

Pero nunca, ni tu padre ni yo, estuvimos a favor o en contra de Allende, o a favor o en contra de Pinochet.

¿Por qué le daba miedo Roberto?

Bueno, no sé si miedo. Pero ahora tú me dices que era un terrorista.

No era un terrorista. Escondía a gente, ayudaba a gente que corría peligro. Y ayudaba también a pasar información.

¿Y te parece poco?

Me parece lo mínimo que podía hacer.

Pero esas personas que escondía eran terroristas. Ponían bombas. Planificaban atentados. Eso es suficiente motivo para tener miedo.

Bueno, mamá, pero las dictaduras no caen así como así. Esa lucha era necesaria.

Qué sabes tú de esas cosas. Tú ni habías nacido cuando estaba Allende. Tú eras un crío en esos años.

Muchas veces escuché esa frase. Tú ni siquiera habías nacido. Esta vez, sin embargo, no me duele. En cierto modo me da risa. Enseguida mi madre me pregunta, como si viniera a cuento:

¿Te gusta Carla Guelfenbein?

No sé qué contestar. Respondo que no. No me gustan esos libros, esa clase de libros, digo.

Bueno, no nos gustan los mismos libros. A mí me gustó su novela, *El revés del alma*. Me sentí identificada con los personajes, me emocionó.

¿Y cómo es posible que se identifique con personajes de otra clase social, con conflictos que no son, que no podrían ser los conflictos de su vida, mamá?

Hablo en serio, muy en serio. Siento que no debería hablar tan en serio. Que no corresponde. Que no voy a solucionar nada enrostrando a mis padres el pasado. Que no voy a sacar nada quitándole a mi mamá el derecho a opinar, con libertad, sobre un libro. Ella me mira con una mezcla de enojo y compasión. Con un poco de lata.

Te equivocas, me dice, tal vez esa no es mi clase social, de acuerdo, pero las clases sociales han cambiado mucho, todo el mundo lo dice. Y al leer esa novela yo sentí que sí, que esos sí eran mis problemas. Entiendo que te moleste lo que te digo, pero deberías ser un poco más tolerante.

Solamente dije que no me gustaba esa novela. Y que era raro que se sintiera identificada con personajes de otra clase social.

¿Y Claudia?

Claudia qué.

¿Claudia es de tu clase social? ¿De qué clase eres tú ahora? Ella vivió en Maipú, pero no era de acá. Se ve más refinada. Tú también pareces más refinado que nosotros. Nadie diría que eres mi hijo.

Perdona, dice mi mamá antes de que pueda responder a esa pregunta que, en cualquier caso, no sabría responder. Me sirve más mate y enciende dos cigarros con la misma lumbre. Vamos a fumar aquí dentro, aunque a tu papá no le guste. Me pasa uno.

No es tu culpa, me dice. Te fuiste muy joven de casa, a los veintidós años.

A los veinte, mamá.

A los veinte, a los veintidós, da lo mismo. Muy joven. Yo a veces pienso cómo sería la vida si te hubieras quedado en casa. Algunos se quedaron. El niño ladrón, por ejemplo. Él se quedó acá y se convirtió en ladrón. Otros también se

quedaron y ahora son ingenieros. Así es la vida: te conviertes en ladrón o en ingeniero. Pero yo no sé muy bien en qué te convertiste tú.

Yo tampoco sé en qué se convirtió mi padre, le digo, de forma más bien involuntaria.

Tu padre ha sido siempre un hombre que ama a su familia. Eso fue, eso es.

¿Y cómo habría sido la vida si me hubiera quedado, mamá?

No lo sé.

Habría sido peor, respondo.

Mi madre asiente. Quizás es bueno que estemos menos cerca, dice. A mí me gusta cómo eres. Me gusta que defiendas tus ideas. Y me gusta esa niña, Claudia, para ti, aunque no sea de tu clase social.

Apaga la colilla cuidadosamente y lava el cenicero antes de irse a acostar. Me quedo en el living, fumando, un rato más. Abro la puerta y me siento en el umbral. Quiero mirar la noche, buscar la luna, terminar a sorbos largos el whisky que acabo de servirme. Me apoyo en el auto de mis padres, una camioneta nueva marca Hyundai. Suena la alarma, mi papá se levanta. Me parece conmovedor verlo en pijama. Me pregunta si estoy borracho. Un poco, le respondo, con la voz apagada: solo un poco.

Es muy tarde, las cinco de la mañana. Voy a la pieza. Claudia duerme, me echo a su lado, me muevo queriendo despertarla. No es un poco, solamente: estoy borracho. La oscuridad es casi completa y sin embargo siento su mirada en mi frente y en mi pecho. Me acaricia el cuello, le muerdo un hombro. No podemos perder la oportunidad, me dice, de hacer el amor en casa de tus padres. Su cuerpo se mueve en la oscuridad mientras amanece.

A las ocho de la mañana decidimos partir. Voy a la habitación de mis padres a despedirme. Los veo dormir abrazados. La imagen me parece fuerte. Siento pudor, alegría y desasosiego. Pienso que son los hermosos sobrevivientes de un mundo perdido, de un mundo imposible. Mi papá despierta y me pide que espere. Quiere darme unas camisas que ha desechado. Son seis, no parecen viejas, presiento que me quedarán chicas pero las recibo de todos modos.

Volvemos a casa y es como si regresáramos de una guerra, pero de una guerra que no ha terminado. Pienso que nos hemos convertido en desertores. Pienso que nos hemos convertido en corresponsales, en turistas. Eso somos, pienso: turistas que alguna vez llegaron con sus mochilas, sus cámaras y sus cuadernos, dispuestos a pasar mucho tiempo agotando los ojos, pero que repentinamente decidieron volver y mientras vuelven respiran un alivio largo.

Un alivio largo pero pasajero. Porque en ese sentimiento hay inocencia y hay culpa, y aunque no podamos, aunque no sepamos hablar de inocencia o de culpa, dedicamos los días a repasar una lista larga que enumera lo que entonces, cuando niños, desconocíamos. Es como si hubiéramos presenciado un crimen. No lo cometimos, solamente pasábamos por el lugar, pero arrancamos porque sabemos que si nos encontraran nos culparían. Nos creemos inocentes, nos creemos culpables: no lo sabemos.

De vuelta en casa Claudia mira las camisas que mi padre me regaló. Durante muchos años no tuve ropa, dice de repente: primero usaba las cosas que dejaba Ximena y después los vestidos de mi madre. Cuando ella murió nos peleamos hasta el último trapo y ahora que lo pienso quizás fue entonces cuando nuestra relación se estropeó definitivamente. Los trajes de mi padre, en cambio, siguen en el ropero de la pieza, intactos, dice.

Guardé las camisas de mi padre en un cajón durante meses. Entretanto han pasado muchas cosas. Entretanto Claudia se fue y yo empecé a escribir este libro.

Miro ahora esas camisas, las extendiendo sobre la cama. Me gusta una en especial, color azul petróleo. Acabo de probármela, definitivamente me queda chica. Me miro en el espejo y pienso que la ropa de los padres debería siempre quedarnos grande. Pero pienso también que lo necesitaba; que a veces necesitamos vestarnos con la ropa de los padres y mirarnos largamente en el espejo.

Nunca hablamos con sinceridad sobre ese viaje a Maipú. Muchas veces quise saber qué había sentido Claudia, por qué había querido que alojáramos allí, pero cada vez que se lo preguntaba me respondía con evasivas o con frases hechas. Vinieron luego unos días silenciosos y largos. Claudia se veía concentrada, atareada y un poco tensa. No debería haberme sorprendido cuando me anunció su decisión. Se supone que esperaba el desenlace, se supone que no había otro desenlace posible.

He vuelto a ver a Ximena, me dijo primero, con alegría. Todavía no aceptaba que vendieran la casa pero habían reanudado la relación y a Claudia eso le importaba mucho más que la herencia. Me contó que hablaron durante horas, sin agresiones de ninguna especie. Hace años, hace ya demasiados años, me dijo después, cambiando el tono de una manera que me pareció dolorosa, hace años descubrí que quería una vida normal. Que quería, sobre todo, estar tranquila. Ya viví las emociones, todas las emociones. Quiero una vida tranquila, simple. Una vida con paseos por el parque.

Pensé en esa frase medio casual, involuntaria: una vida con paseos por el parque. Pensé que también mi vida era de alguna forma una vida con paseos por el parque. Pero entendí lo que quería decir. Buscaba un paisaje propio, un parque

nuevo. Una vida en que ya no fuera la hija o la hermana de nadie. Insistí, no sé por qué, no sé para qué. En este viaje has recuperado tu pasado, le dije.

No lo sé. Pero he aprovechado para contártelo. He vuelto a la infancia en un viaje que tal vez necesitaba. Pero no es bueno que nos engañemos. En ese tiempo, cuando niños, tú espiabas a mi padre porque querías estar conmigo. Ahora es igual. Me has escuchado solamente para verme. Sé que te importa mi historia, pero más te importa tu propia historia.

Pensé que era dura, que era injusta. Que decía palabras innecesarias. De pronto sentí rabia, sentí incluso un asomo de rencor. Eres muy vanidosa, le dije.

Sí, respondió. Y tú también. Quieres que te apoye, que opine lo mismo que tú, como dos adolescentes que fuerzan coincidencias para estar juntos y estiran la mira y mienten.

Recibí el golpe, tal vez lo merecía. Entiendo que te vayas, le dije. Santiago es más fuerte que tú. Y Chile es un país de mierda que va a gobernar un dueño de fundo que va a llenarse la boca celebrando el bicentenario.

No me voy por eso, dijo, tajante.

Te vas porque estás enamorada de otro, repliqué, como si fuera un juego de adivinanzas. Pensé en su novio argentino y pensé también en Esteban, el joven rubio que la acompañaba en ese tiempo, en Maipú. Nunca le pregunté si era o no su novio. Quise preguntárselo ahora, a destiempo, torpe, infantilmente. Pero antes de que pudiera hacerlo ella respondió, con énfasis: no estoy enamorada de otro. Bebió un sorbo largo de café mientras pensaba en lo que iba a decir. No estoy enamorada de nadie, en realidad. Si de algo estoy segura, dijo, es de que no estoy enamorada de nadie.

Pero tal vez es mejor que lo entiendas así, agregó después, en un tono indefinible. Es más fácil entenderlo así. Es mejor pensar que todo esto ha sido una historia de amor.

IV. Estamos bien

Esta tarde Eme aceptó, por fin, conocer el manuscrito. No quiso que le leyera en voz alta, como antes. Me pidió que imprimiera las páginas y se cubrió con la sábana para leerlas en la cama, pero de pronto cambió de idea y empezó a vestirse. Prefiero irme a mi casa, dijo. Llevo mucho tiempo aquí, quiero dormir en mi cama esta noche.

La imagino leyendo, ahora, en esa casa suya a la que nunca me ha invitado. En esa cama que no conozco. Mi cama es también de ella, la elegimos juntos. Y las sábanas, las frazadas, el plumón. Se lo dije antes de que se fuera, pero no esperaba su respuesta: para que esto funcione, me dijo, a veces debes pensar que acabamos de conocernos. Que nunca antes compartimos nada.

Me impresionó la medida un poco forzada de su voz. Me habló como se habla a un hombre que reclama injustamente en la fila del supermercado. Todos tenemos prisa, señor. Sea paciente, espere su turno.

Espero mi turno, entonces, sentimental, civilizadamente.

*

A los veinte años, cuando acababa de irme de casa, trabajé un tiempo contando autos. Era un oficio simple y mal pagado, pero de alguna forma me gustaba quedarme en la esquina asignada y apuntar en la planilla la cantidad de autos, de camionetas y de micros que pasaban cada hora. Me gustaba, sobre todo, hacer el turno de noche, aunque a veces me entraba el sueño y seguramente la imagen era absurda: un tipo joven, abstraído y ojoso, en una esquina de Vicuña Mackenna, esperando nada, mirando de reojo a otros jóvenes que regresaban a casa alardeando de la borrachera.

Es de noche y escribo. Es mi trabajo ahora, o algo así. Pero mientras escribo

pasan autos por la Avenida Echeñique y a veces me distraigo y empiezo a contarlos. En los últimos diez minutos han pasado catorce autos, tres camionetas y una moto. No alcanzo a saber si doblan en la esquina siguiente o siguen de largo. De un modo vago y melancólico pienso que me gustaría saberlo.

Pienso en el antiguo Peugeot 404. Mi padre solía dedicar los fines de semana a arreglarlo, aunque en realidad el auto nunca fallaba —él mismo decía, con ese amor que solo los hombres pueden sentir por los autos, que se portaba bien, que daba pocos problemas, y sin embargo se pasaba la vida afinándolo, cambiándole las bujías, o leyendo hasta tarde algún capítulo de *Apunto, la enciclopedia del automóvil*. Nunca he visto a alguien tan concentrado como mi padre esas noches de lectura.

Me parecía ridículo que le dedicara tanto tiempo al auto. Por lo demás, estaba obligado a ayudarlo —ayudarlo consistía en esperar, con una paciencia infinita, a que por fin dijera: pásame la llave inglesa. Después debía aguardar a que me la devolviera y además escuchar largas explicaciones sobre mecánica que de ninguna manera me interesaban. Descubrí entonces cierto placer en el hecho de fingir que escuchaba a mi padre o a otros adultos. En asentir con la cabeza aguantando la semisonrisa de saberme pensando en otra cosa.

El destino de ese Peugeot fue horrible. Un viejo camión que entró contra el tránsito lo chocó y mi papá estuvo a punto de morir. Recuerdo todavía cuando me mostró la marca que le dejó en el pecho el cinturón de seguridad. Me habló entonces sobre prudencia, sobre el sentido de las normas. De pronto se abrió la camisa para mostrarme la marca rojiza dibujada con precisión en su pecho moreno. Si no me hubiera puesto el cinturón de seguridad estaría muerto, me dijo.

El Peugeot quedó hecho pedazos y hubo que venderlo como chatarra. Acompañé a mi padre al depósito de autos. Desde entonces, cada vez que veo un Peugeot 404 recuerdo esa imagen ingrata. Y la marca, también, cuando íbamos a la piscina o a la playa. No me gustaba ver a mi padre en traje de baño. No me gustaba ver esa marca surcándole el pecho, esa evidencia, esa banda horrible que quedó en su cuerpo para siempre.

*

Es extraño, es tonto pretender un relato genuino sobre algo, sobre alguien,

sobre cualquiera, incluso sobre uno mismo. Pero es necesario, también.

Son las cuatro de la mañana, no puedo dormir. Aguanto el insomnio contando autos y haciendo nuevas frases en el refrigerador:

our perfect whisper
another white prostitute
understand strange picture
almost black mouth
how imagine howl
naked girl long rhythm

Esa es muy linda: naked girl long rhythm.

*

Llegué media hora antes, me senté en la terraza y pedí una copa de vino. Quería leer mientras esperaba a Eme, pero unos niños correteaban peligrosamente alrededor y me costaba concentrarme. Deberían estar en el colegio, pensé, pero recordé que era sábado. Luego vi a sus madres en la mesa de la esquina, divertidas en una charla intrascendente.

Llegó tarde. Noté que estaba nerviosa, porque me dio una larga explicación por la demora, como si nunca antes hubiera llegado tarde. Pensé que no quería hablar de la novela. Entonces decidí preguntarle, sin más, qué le había parecido. Buscó el tono largo rato. Balbuceó. Intentó alguna broma que no entendí. La novela está bien, me dijo, finalmente. Es una novela.

¿Cómo?

Eso, que es una novela. Me gustó.

Pero no está terminada.

Pero la vas a terminar y estará bien.

Quería pedirle precisiones, preguntarle por algunos pasajes, por algunos personajes, pero no fue posible, porque una de las mujeres de la mesa de la esquina se acercó y saludó a Eme efusivamente. Soy la Pepi, le dijo, y se abrazaron. No sé si dijo Pepi o Pepa o Pupo o Papo, pero era un sobrenombre de ese tipo. Nos presentó a sus hijos, que eran los más bulliciosos del grupo. Eme pudo cortar en ese punto la conversación, pero quiso seguir comentando con su antigua compañera la enorme coincidencia de encontrarse en ese restorán. No

me pareció tan grande la coincidencia. Pepi o Pupi o Papi vive en La Reina al igual que Eme. Lo raro es que no se encontraran antes.

Me puse mal. Pensé que Eme alargaba intencionalmente la conversación. Que agradecía ese encuentro porque le permitía posponer el momento en que debía darme una opinión real sobre el manuscrito. Luego se disculpó y me dijo que tenía que irse. Regresé a casa frustrado, enojado. Intenté seguir escribiendo, pero no pude.

*

De niño me gustaba la palabra apagón. Mi madre nos buscaba, nos llevaba al living. Antes no había luz eléctrica, decía cuando encendía las velas. Me costaba imaginar un mundo sin lámparas, sin interruptores en las murallas.

Esas noches nos permitían quedarnos un rato conversando y mi madre solía contar el chiste de la vela inapagable. Era largo y fome, pero nos gustaba mucho: la familia trataba de apagar una vela para irse a dormir pero todos tenían la boca chueca. Al final la abuela, que también tenía la boca chueca, apagaba la vela untándose los dedos con saliva.

Mi padre celebraba también el chiste. Estaban allí para que no tuviéramos miedo. Pero no teníamos miedo. Eran ellos los que tenían miedo.

De eso quiero hablar. De esa clase de recuerdos.

*

Hoy me llamó mi amigo Pablo para leerme esta frase que encontró en un libro de Tim O'Brien: «Lo que se adhiere a la memoria son esos pequeños fragmentos extraños que no tienen principio ni fin».

Me quedé pensando en eso y me desvelé. Es verdad. Recordamos más bien los ruidos de las imágenes. Y a veces, al escribir, limpiamos todo, como si de ese modo avanzáramos hacia algún lado. Deberíamos simplemente describir esos ruidos, esas manchas en la memoria. Esa selección arbitraria, nada más. Por eso mentimos tanto, al final. Por eso un libro es siempre el reverso de otro libro inmenso y raro. Un libro ilegible y genuino que traducimos, que traicionamos por el hábito de una prosa pasable.

Pienso en el comienzo bellísimo de *Léxico familiar*, la novela de Natalia

Ginzburg: «Todos los lugares, hechos y personas que aparecen en este libro son reales. Nada es ficticio. Siempre que, debido a mi costumbre de novelista, inventaba algo, me sentía obligada a destruirlo». Habría que ser capaz de eso. O de quedarse callado, simplemente.

*

Estoy en Las Cruces, disfrutando de la playa vacía, con Eme.

Por la mañana, echado en la arena, leí *La promesa del alba*, el libro de Romain Gary, donde aparece este párrafo preciso, oportuno: «No sé hablar del mar. Lo único que sé es que me libra al momento de todas mis obligaciones. Cada vez que lo miro me convierto en un ahogado feliz».

Tampoco sé hablar del mar, aunque se supone que fue mi primer paisaje. Cuando tenía apenas dos meses de vida mi padre aceptó un trabajo en Valparaíso y nos fuimos al Cerro Alegre durante tres años. Pero mi primer recuerdo del mar es mucho más tardío, a los seis años tal vez, cuando ya vivíamos en Maipú. Recuerdo haber pensado, abrumado y feliz, que era un espacio sin límites, que el mar era un lugar que continuaba, que seguía.

Hace un rato intenté escribir un poema llamado «Ahogados felices». No me resultó.

*

Volvimos en un auto que le prestaron a Eme. Manejé con tanta cautela que creo que ella tendía a desesperarse. Luego la acompañé, por primera vez, a su casa. Me impresionó ver sus cosas repartidas de otra manera. Reconocibles. No sé si me gustó dormir con ella ahí. Estuve todo el tiempo abrumado por el deseo de registrar cada detalle.

Por la mañana compartimos un té con sus amigas. Era tal como Eme me lo había descrito. La casa es en realidad un inmenso taller. Mientras Eme dibuja, sus compañeras —las ha nombrado muchas veces pero nunca puedo recordar sus nombres— hacen ropa y artesanías.

Cuando estaba a punto de irme Eme me preguntó si estaba escribiendo. No supe qué responderle.

De todos modos anoche escribí estos versos:

Es mejor no salir en ningún libro
Que las frases no quieran abrigarnos
Una vida sin música y sin letra
Y un cielo sin las nubes que hay ahora.

*

La prosa me sale rara. No encuentro el humor, la tesitura. Pero suelto algunos endecasílabos y de pronto me dejo invadir por ese ritmo. Muevo los versos, confirmo y transgredo la cadencia, paso horas trabajando en el poema. Leo, en voz alta:

Es mejor no salir en ningún libro
Que las frases no quieran abrigarnos
Una vida sin música y sin letra
Y un cielo sin las nubes que hay ahora
No sabes si regresan o se van
Las nubes cuando cambian tantas veces
De forma y pareciera que seguimos
Habitando el lugar que abandonamos
Cuando no conocíamos los nombres de los árboles
Cuando no conocíamos los nombres de los pájaros
Cuando el miedo era miedo y no existía
El amor al miedo
Ni el miedo al miedo
Y el dolor era un libro interminable
Que alguna vez hojeamos por si acaso
Salían nuestros nombres al final.

*

Soñé que estaba borracho y bailaba una canción de Los Ángeles Negros, «El tren hacia el olvido». De pronto aparecía Alejandra Costamagna —estás muy

curado, me decía, mejor te llevo a casa, dame la dirección. Pero yo había olvidado mi dirección y seguía bailando mientras intentaba recordarla. En el sueño tomaba piscola; en el sueño me gustaba la piscola.

Alejandra bailaba conmigo pero era más bien una manera de ayudarme; me tambaleaba indignamente, estaba a punto de caerme en medio de la pista. Pero no era la pista de una discoteque, era el living de la casa de alguien.

No somos amigos, le decía a Alejandra, en el sueño. Por qué me ayudas si no somos amigos.

Porque somos amigos, me respondía ella. Estás soñando y en el sueño piensas que no somos amigos. Pero somos amigos. Trata de despertar, me decía. Yo lo intentaba pero seguía en el sueño y empezaba a angustiarme.

Finalmente desperté. Eme dormía a mi lado. Reconocí, en la tele, las escenas finales de *Chungking Express*. Pensé que era absurdo que nos hubiéramos quedado dormidos viendo una película tan buena como *Chungking Express*.

Llamé a Alejandra, le conté el sueño, se rio. Me gusta «El tren hacia el olvido», me dijo. A mí también, pero me gusta mucho más «El rey y yo», le respondí. Me preguntó cómo iban las cosas con Eme. No lo sé, le respondí, instintivamente. Y es verdad, pienso ahora: no lo sé.

*

Hay dolor pero también hay felicidad al abandonar un libro. Me ha pasado así, al menos: primero el melodrama de haber perdido tantas noches en una pasión inútil. Pero luego, con el paso de los días, prevalece un ligero viento favorable. Volvemos a sentirnos cómodos en esa habitación en que escribimos sin mayores planes, sin propósitos precisos.

Abandonamos un libro cuando comprendemos que no estaba para nosotros. De tanto querer leerlo creimos que nos correspondía escribirlo. Estábamos cansados de esperar que alguien escribiera el libro que queríamos leer.

No pienso abandonar, sin embargo, mi novela. El silencio de Eme me hiere y lo entiendo. La obligué a leer el manuscrito y ahora quiero obligarla a aceptarlo. Y el peso de su posible desaprobación me hace desear no haberlo escrito o abandonarlo. Pero no. No voy a abandonarlo.

*

Pienso en almorzar con mis padres, pero la perspectiva de verlos celebrando el triunfo de Piñera me desalienta. Los llamo y les digo que no iré a votar. En la micro escucho canciones muy buenas pero de pronto la música, cualquier música, se me hace insoportable. Guardo los auriculares y retomo la lectura de La promesa del alba. Me quedo clavado en esta frase: «En lugar de gritar, escribo libros».

Voto con un sentimiento de pesadumbre, con muy poca fe. Sé que Sebastián Piñera ganará la primera vuelta y seguro que también ganará la segunda. Me parece horrible. Ya se ve que perdimos la memoria. Entregaremos plácida, cándidamente el país a Piñera y al Opus Dei y a los Legionarios de Cristo.

Después de votar llamo a mi amigo Diego. Lo espero largo rato, sentado en el pasto de la plaza, cerca de la piscina. Hacemos la caminata hacia el Templo de Maipú, pasamos por el sitio donde antes estaba el supermercado Toqui. Diego es de Iquique pero vive en Maipú desde hace diez años. Era buena la carne y la pastelería, le digo, y describo con detalles el supermercado. El me escucha respetuosamente, pero tal vez piensa que mi interés es absurdo, porque todos los supermercados son iguales.

Nunca había venido al Templo, dice Diego. Entramos en mitad de una de las tantas misas del domingo. No hay mucha gente. Nos sentamos cerca del altar. Miro las banderitas, las cuento. Nos sentamos, después, en las escaleras de la entrada, la misa se escucha por los altoparlantes y conversamos mientras unos niños juegan a la pelota y cada tanto la lanzan cerca de nosotros. Me apuro a devolverla, pero de pronto uno de ellos lanza fuerte y le pega a Diego en la cara. Esperamos a que se disculpen o que al menos sonrían a manera de disculpa. No lo hacen. Me quedo con la pelota, los niños se acercan, me la quitan de las manos. Tengo rabia. Tengo ganas de retarlos. De criarlos.

Hablamos sobre Maipú, sobre la idea chilena de villa, tan distinta a lo que se entiende en Argentina o en España. El sueño de la clase media, pero de una clase media sin ritos, sin arraigo. Le pregunto si se acuerda de una teleserie de Canal 13 que se llamaba «Villa Nápoli». Diego no se acuerda. A veces olvido que es mucho más joven que yo.

Hablamos sobre mi novela, pero también sobre la novela que Diego publicó hace poco y que leí semanas atrás. Le digo que me gusta, intento precisar por qué me gusta. Pienso en una escena en especial. El protagonista viaja a Buenos Aires con su padre y le pide un libro. El padre se lo compra y a manera de

aprobación lo abre y dice «es resistente».

Eso no lo inventaste, le digo. Esas cosas no se inventan. Diego ríe, moviendo la cabeza como si bailara heavy metal. No, no lo inventé, dice.

Luego vamos al departamento donde Diego vive con su madre, en Avenida Sur. Su madre se llama Cinthya. Comentamos los resultados, que a esa hora de la tarde ya son claros. Segunda vuelta, con enorme ventaja para Piñera.

Diego prepara la palta y le pone aceite. Le digo que no es necesario echarle aceite. Mi padre siempre me retaba por eso, dice, y ríe. Al menos en eso tu padre tenía razón, le respondo, y río, también.

*

Pensé que bromeabas cuando decías que estabas escribiendo sobre mí, me dijo Eme, en el restorán. Me miró como buscando mi cara. Sentí que elegía con cuidado las palabras. Que se disponía a hablar. Pero se detuvo en una sonrisa.

Fuimos a comer sushi al lugar de siempre. La orden se demoraba más de la cuenta y recordé la escena del almuerzo, cuando niño —la angustia de irnos con los platos servidos. Es como en la novela, iba a decirle, pero ella me miró con apagada curiosidad. Ahora pienso que me miró con compasión. Entonces creí que empezaba el momento de la espera en que solo es posible hablar de la espera. Pero ella comenzó otra conversación, con un tono que parecía haber pensado, que de seguro había ensayado largamente esos días.

Yo no he cambiado tanto, dijo. Y tú tampoco. Hace unas semanas te dije que debíamos fingir que acabábamos de conocernos. No entiendo muy bien lo que quise decirte. Pienso que en estos meses nos hemos reído de lo que éramos. Pero es falso. Seguimos siendo los que éramos. Ahora entendemos todo. Pero sabemos poco. Sabemos menos que antes —eso es bueno, dije yo, temeroso: es bueno no saber, esperar nada más.

No. No es bueno. Sería bueno si fuera verdadero. Queremos estar juntos y para eso estamos incluso dispuestos a fingir. No hemos cambiado tanto como para volver a estar juntos. Y yo me pregunto si vamos a cambiar.

Comprendí lo que venía y me preparé. En las discusiones yo solía refugiarme en un cierto optimismo pero ella cerraba la cara y luego incluso el cuerpo para expulsarme. Siempre recuerdo ese dolor, una noche, hace años: en plena discusión comenzamos a acariciarnos y ella se puso encima de mí, pero en

medio de la penetración no pudo controlar la rabia que sentía y cerró la vagina por completo.

De pronto, inesperadamente, Eme comenzó a hablar sobre la novela. Le había gustado, pero durante toda la lectura no había podido evitar una sensación ambigua, una vacilación. Has contado mi historia, me dijo, y debería agradecértelo, pero pienso que no, que preferiría que esa historia no la contara nadie. Le expliqué que no era exactamente su vida, que solamente había tomado algunas imágenes, algunos recuerdos que habíamos compartido. No des excusas, dijo: dejaste algunos billetes en la bodega pero igual robaste el banco, me dijo. Me pareció una metáfora tonta, vulgar.

Llegó el sushi, finalmente. Me concentré en el sashimi de salmón —comí con voracidad, unté cada trozo en demasiada soya y los pedazos de jengibre y el abundante wasabi me incendiaban la boca. Era como si quisiera aplicarme un castigo absurdo mientras pensaba que amaba a esa mujer, que era un amor pleno, no una forma desgastada de amor. Que ella no era para mí un hábito, un vicio difícil de abandonar. Y sin embargo, a esas alturas, ya no estaba, ya no estoy dispuesto a luchar.

Comí el sushi, los pedazos que me correspondían y también los de ella, y cuando la bandeja quedó vacía Eme me dijo, con sequedad, dejémoslo hasta aquí. En eso llegó el administrador y empezó una alargada disculpa que ninguno de los dos quería escuchar. Nos ofreció el café o los postres gratis, por cuenta de la casa, para compensar la espera. Lo escuchamos como ausentes. Respondimos mecánicamente que no importaba, que no se preocupara. Y nos fuimos, cada uno por su lado.

Al llegar a casa pensé en las palabras de Eme. Pensé que era cierto. Que sabemos poco. Que antes sabíamos más, porque estábamos llenos de convicciones, de dogmas, de reglas. Que amábamos esas reglas. Que lo único que verdaderamente habíamos amado era ese puñado absurdo de reglas. Y ahora entendemos todo. Entendemos, en especial, el fracaso.

Alone again (naturally). Lo que más me duele es el naturally. Vamos entonces, tú y yo, cada uno por su lado.

*

Hace unos días Eme me dejó una caja con los vecinos. Recién hoy me atreví

a abrirla. Había dos chalecos, una bufanda, mis películas de Kaurismaki y Wes Anderson, mis discos de Tom Waits y Wu-Tang Clan, además de algunos libros que durante estos meses le presté. Entre ellos estaba también el ejemplar de *El elogio de la sombra*, el ensayo de Tanizaki que le regalé hace años. No sé si por crueldad o por descuido lo incluyó en la caja.

Nunca me dijo si lo había leído, por eso me sorprendió reconocer, ahora, en el libro, las marcas de un grueso destacador amarillo. Solía molestarla por eso: sus libros lucían feos después de esa especie de batalla que era la lectura. Se diría que leía con la ansiedad de quien memoriza fechas para un examen, pero no, se había acostumbrado, simplemente, a marcar las frases que le gustaban de esa manera.

Hablo en pasado de Eme. Es triste y fácil: ya no está. Pero también debería aprender a hablar en pasado de mí mismo.

*

Volví a la novela. Ensayo cambios. De primera a tercera persona, de tercera a primera, incluso a segunda. Alejo y acerco al narrador. Y no avanzo. No voy a avanzar. Cambio de escenarios. Borro. Borro muchísimo. Veinte, treinta páginas. Me olvido de este libro. Me emborracho de a poco, me quedo dormido.

Y luego, al despertar, escribo versos y descubro que eso era todo: recordar las imágenes en plenitud, sin composiciones de lugar, sin mayores escenarios. Conseguir una música genuina. Nada de novelas, nada de excusas.

Ensayo borrarlo todo y dejar que prevalezca solamente este ritmo, estas palabras:

La mesa consumida por el fuego
Las marcas en el cuerpo de mi padre
La rápida confianza en los escombros
Las frases en el muro de la infancia
El ruido de mis dedos vacilando
Tu ropa en los cajones de otra casa
El ruido interminable de los autos
La cálida esperanza de volver
Sin pasos sin camino de memoria

Y luego, cuando sé que me voy a dormir

La larga convicción de que esperamos
Que nadie reconozca en nuestra cara
La cara que perdimos hace tiempo.

*

Semanas sin escribir en este diario. El verano entero, casi.

Estaba despierto, desvelado, escuchando a The Magnetic Fields, cuando empezó el terremoto. Me senté en el umbral y pensé, con calma, con extraña serenidad, que era el fin del mundo. Es largo, pensé también. Alcancé a pensarlo muchas veces: fue largo.

Cuando por fin terminó me acerqué a los vecinos, un matrimonio y su hija pequeña, que seguían abrazados, tiritando. Cómo están, les pregunté. Bien, respondió el vecino, un poco asustados nada más —y cómo están ustedes, me preguntó. Le respondí, sorprendido: estamos bien.

Llevo dos años viviendo solo y el vecino no se entera, pensé. Pensé también que ahora era yo el vecino solo, ahora yo era Raúl, yo era Roberto. Recordé, entonces, la novela. Creí, alarmado, que la historia terminaría de este modo: con esa casa de Maipú, la casa de mi niñez, destruida. ¿Qué me había llevado a narrar el terremoto de 1985? No lo sabía, no lo sé. Sé sin embargo que durante esa noche tan lejana pensé por primera vez en la muerte.

La muerte era entonces invisible para los niños como yo, que salíamos, que corríamos sin miedo por esos pasajes de fantasía, a salvo de la historia. La noche del terremoto fue la primera vez que pensé que todo podía venirse abajo. Ahora creo que es bueno saberlo. Que es necesario recordarlo a cada instante.

Pasadas las cinco de la mañana salí a recorrer el barrio. Caminé muy lentamente, esperando la ayuda de las linternas que iban en desorden desde el suelo hasta las copas de los árboles y las luces de los autos que colmaban, de pronto, el espacio. Los niños dormían o intentaban dormir echados en la vereda. La voz de un hombre aseguraba, de una esquina a otra, como un mantra: estamos bien, estamos bien.

Prendí la radio del celular. La información era todavía escasa. Comenzaba de a poco el inventario de muertes. Los locutores vacilaban e incluso uno dijo esta frase que, en tales circunstancias, era cómica: definitivamente esto ha sido un terremoto.

Llegué, al fin, cerca de la casa de Eme, y me quedé en la vereda a la espera de alguna señal. De pronto escuché su voz. Hablaba con sus amigas, me pareció que fumaban en el antejardín. Iba a acercarme pero pensé que me bastaba con eso, con saber que estaba a salvo. La sentía muy cerca, a pocos pasos, pero preferí irme de inmediato. Estamos bien, pensé, con un asomo raro de alegría.

Volví a casa al amanecer. Me impresionó la imagen, al entrar. Días atrás había ordenado los libros. Ahora conformaban una generosa ruina en el suelo. Lo mismo los platos y dos ventanales. La casa resistió, sin embargo.

Pensé en partir de inmediato a Maipú, pero poco antes de las nueve de la mañana pude comunicarme con mi madre. Estamos bien, dijo, y me pidió que no fuera a verlos, que era muy peligroso el traslado. Quédate ordenando tus libros, me dijo. No te preocupes por nosotros.

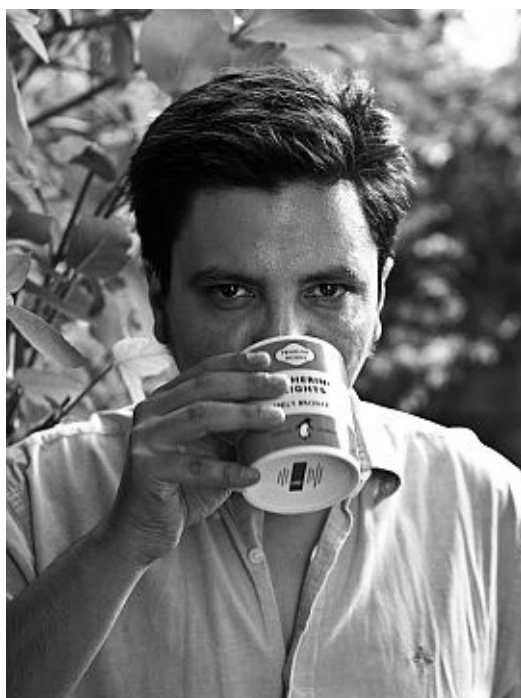
Pero voy a ir. Mañana temprano voy a verlos, voy a acompañarlos.

Es tarde. Escribo. La ciudad convalece pero retoma de a poco el movimiento de una noche cualquiera al final del verano. Pienso ingenuamente, intensamente en el dolor. En la gente que murió hoy, en el sur. En los muertos de ayer, de mañana. Y en este oficio extraño, humilde y altivo, necesario e insuficiente: pasarse la vida mirando, escribiendo.

Después del Peugeot 404 mi padre tuvo un 504 azul pálido y luego un 505 plateado. Ninguno de esos modelos circula ahora por la avenida.

Miro los autos, cuento los autos. Me parece abrumador pensar que en los asientos traseros van niños durmiendo, y que cada uno de esos niños recordará, alguna vez, el antiguo auto en que hace años viajaba con sus padres.

Santiago, febrero de 2010



ALEJANDRO ZAMBRA (Santiago de Chile, 1975). Es licenciado en Lengua y Literatura Hispánica, Universidad de Chile; Magíster en Filología Hispánica, CSIC (España); y Doctor en Literatura, Pontificia Universidad Católica de Chile. Escritor y columnista, colabora habitualmente en diversos medios de comunicación de su país y el extranjero.

Ha publicado los libros de poesía *Bahía Inútil* (1998), *Mudanza* (2003) y *Facsimil* (2014), las novelas *Bonsái* (2006), *La vida privada de los árboles* (2007) y *Formas de volver a casa* (2011), y el libro de relatos *Mis documentos* (2013).